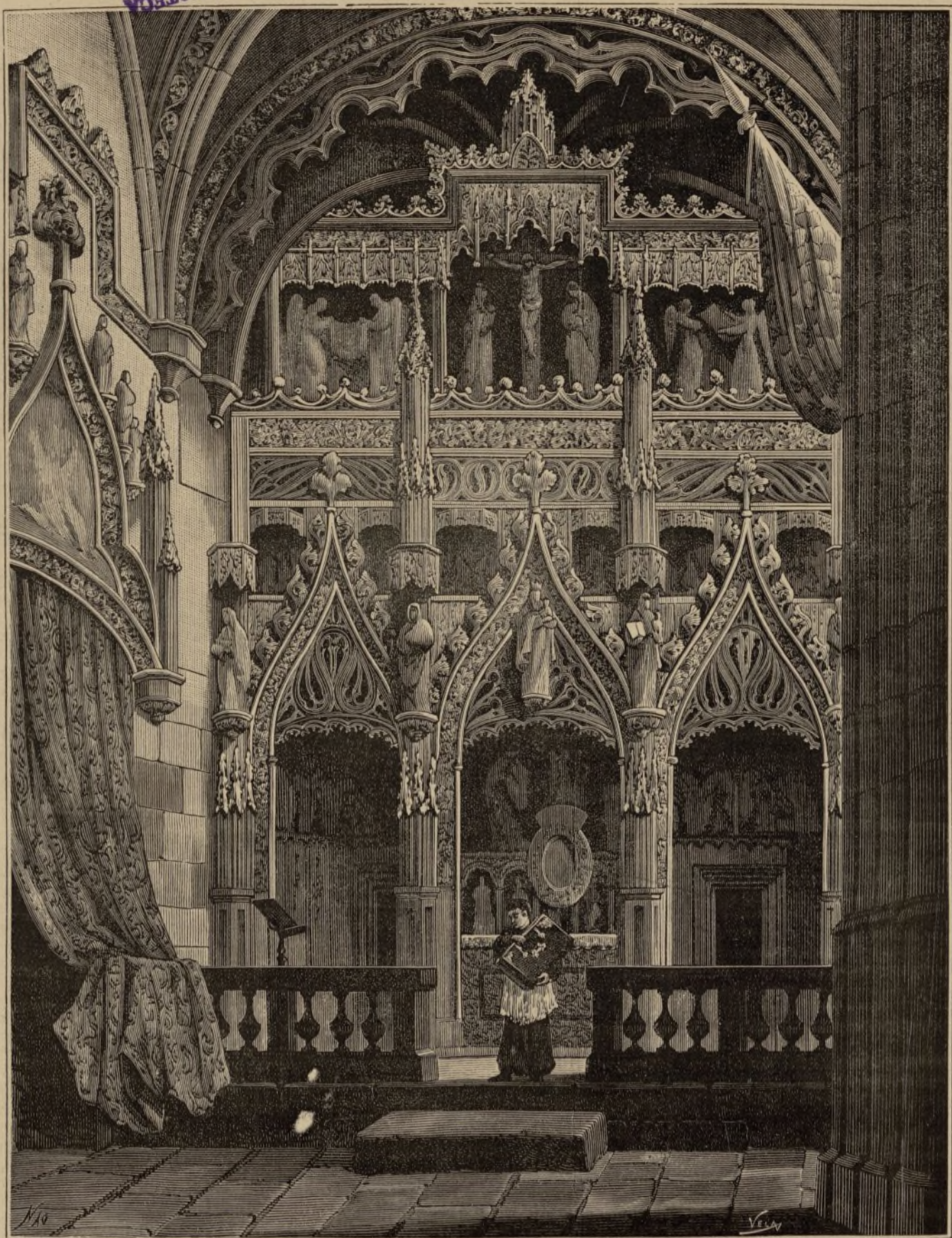




EPOCA 3.^a — AÑO IX. — TOMO VII.

NÚMERO 5. — Madrid 15 de Febrero de 1884.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.



CAPILLA DE LOS CORPORALES (VULGO DEL SANTÍSIMO MISTERIO).

Erigida por el rey D. Juan II en la excolegiata de la ciudad de Daroca.

SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica, por D. D. Isern.—El Ayuntamiento y la gramática, por Blas.—Los grabados.—Vindicación de San Gregorio VII (conclusión), por D. E. Fernández Moreno.—La Cananea, leyenda bíblica (conclusión), por Ana María.—Sonetos, por A. del Valle y Serrano.—La Rama de coral, novela histórica de Enrique de Cauvain (continuación).—Bibliografía.—Los Montgolfier.—Pensamientos cogidos al vuelo, por D. J. Selgas.—Revista de conocimientos útiles.

GRABADOS.—Capilla de los Corporales (vulgo del Santísimo Misterio), erigida por el rey Don Juan II en la excolegiata de la ciudad de Daroca.—Monumentos celtícos en Mahón: un dol-men ó altar de sacrificios.—Recuerdos de Andalucía.—D. Luis de Góngora y Argote.

REVISTA



AL, muy mal se va portando el mes de Febrero; los días nublados y desapacibles nos tienen sumidos en las tristezas más sombrías del invierno, sin que podamos presentir las emociones primaverales, que otros años se han adelantado á las indicaciones del almanaque.

Si para el campo son buenos estos días, sean en buena hora, que para los vecinos de la Corte, condenados por lo regular á largas y continuas encierros, lo mismo da que llueva como que haga sol; para nosotros la luz de los faroles y de las bujías reemplaza á la de Febo, y para llegarnos el agua del cielo tendría que atravesar cuatro ó seis coberturas, atestadas de seres humanos. Por eso dijo bien el poeta:

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al más astuto nacen canas.

Pronto vendrá el Carnaval, y aunque el tiempo esté malo, no impedirá que la gente alegre se divierta en continuos desórdenes, y que la vida cortesana se muestre digna de su nombre.

Al mal tiempo, buena cara.

En la primera Junta de gobierno que ha celebrado el Ateneo en su nuevo local, se ha presentado una proposición para que se conceda el derecho de ingreso á las señoras.

La proposición ha sido rechazada, lo cual no se explica en una corporación tan liberal, donde tienen carta de naturaleza todas las conquistas del progreso moderno. ¿No hay mujeres, y mujeres ilustres, que cultivan las ciencias y las artes? ¿Por qué se ha de negar á estas mujeres sabias lo que se concede á tantos hombres ignorantes? ¿Dónde están la libertad científica y la igualdad humana?

Los que profesamos otras ideas se comprende que reservemos á la mujer el apostolado del hogar doméstico, no entregando sus juicios y sus afectos á las disputas de los hombres; pero entre los libre-pensadores, entre los partidarios del progreso indefinido, entre los defensores de todas las igualdades y de todas las emancipaciones, no se explica esta conducta, que impide á las mujeres el disputar á los hombres el cetro y las palmas de las ciencias y de las artes.

El progreso, sin embargo, llegará á imponerse, y las puertas del Ateneo se abrirán á las mujeres, que llevarán á aquel Centro literario las galas de su coquetería, no muy desemejantes de otras galas oratorias á que aquella casa debe estar acostumbrada, las galas de la oratoria *cosmética*.

Las mujeres han dado en aquella casa el primer aldabonazo, y por un rasgo de egoísmo poco galante, los ateneístas les han dado con la puerta en las narices; sigan llamando, que el progreso las abrirá por último, y podrán con el tiempo bailar un cotillón al compás de la música racionalista.

Dentro de pocos días se iluminarán con luz eléctrica varios comercios de la calle del Príncipe. Aunque con muchos contratiempos, la electricidad se va introduciendo en Madrid, y es de esperar que á la vuelta de dos ó tres años logre desterrar el gas, cuya luz rojiza no puede resistir á los rayos clarísimos del relámpago, encadenado y distribuido á domicilio.

Los adelantos de la electricidad son maravillosos. Ya no van á ser necesarios los hilos metálicos para transmitir la luz y la fuerza que desarrolla la electricidad; por medio de acumuladores se ha logrado retener como en depósito esta fuerza, y llevarla de un punto á otro como se lleva el agua de una fuente encerrada en un cántaro. No se pasará mucho tiempo sin que la electricidad así acumulada se expenda en las fábricas como cualquiera otra mercancía, y si hoy van nuestros criados á comprar petróleo para las lámparas, irán mañana á comprar

10, 20, 100 reales de electricidad para el consumo de nuestras casas, provistas de lámparas eléctricas.

En París acaban de hacerse, con éxito felicísimo, ensayos sobre el arrastre de los tranvías por medio de los acumuladores Faure. «La tracción, leemos en un periódico, se hizo con dos toneladas y media de acumuladores. Estos desarrollan un trabajo de 5,4 kilográmetros durante diez horas, pesando 7 kilos; de modo, que para obtener un trabajo de cuatro caballos eléctricos, basta un peso de 388 kilogramos.»

Calcúlese la revolución que estos acumuladores van á hacer en el mundo: las pequeñas industrias, las fábricas, los carruajes de todas clases, los servicios domésticos, todo participará de su influencia, y veremos rodar los coches por las calles sin caballos, moverse las máquinas sin un motor visible, arder nuestras lámparas, andar nuestros relojes y calentarse nuestras habitaciones por efecto de un influido, encerrado en una caja, que se podrá transportar de un punto á otro, según las necesidades de cada momento.

¿Qué admirables son los dones de la Providencia! El hombre, insaciable en sus goces y en sus necesidades, propende á devorarlo todo, y sin cuidarse de lo porvenir, consume cuanto puede, aniquilando, si pudiese, la poderosa savia del mundo. Tala bosques, esquilma los campos, arrebató á la tierra sus ocultos tesoros... pero la Providencia acude á reparar sus estragos, y suscita nuevos recursos á la actividad humana. No basta el secular olivo para abastecer el consumo de la sociedad, y viene el petróleo á ayudar con sus grandes depósitos, guardados en las entrañas de la tierra; se merma la producción del petróleo, ó se aumenta considerablemente el consumo, y viene el gas á ayudar con su luz á las necesidades de la sociedad; se encarece el carbón de piedra y es deficiente su luz á las exigencias de la industria moderna, y viene la luz eléctrica á abrir nuevos horizontes, que parecen ilimitados, á los deseos y á la ambición de los hombres. La Providencia va descubriendo estos nuevos tesoros guardados por la naturaleza, para suministrar al hombre, en tiempo oportuno, nuevos recursos á sus necesidades.

¡Admirable providencia de Dios! ¿Qué sería sin tu amorosa solicitud de este hombre,

Muy hijo de mujer, muy corto en vida,
Muy lleno de miseria amontonada?

Aun no se han disuelto las actuales Cortes y ya traen los periódicos largas listas de candidatos para las futuras.

Debe ser la patria muy buena hija cuando hay tanto afán en apadrinarla; todo el mundo quiere ser padre de la patria.

Por desgracia, son más los padrastros, y la pobre huérfana se ve sometido de ordinario á la potestad de curadores inhumanos, que descuidan sus intereses por los propios.

Si los pueblos tuviesen la conveniente independencia y libertad para elegir sus representantes, es posible que el cargo fuese menos codiciado y más digno de respeto; pero ya se ve, los pueblos, á pesar del progreso moderno, son peones de ajedrez, y los jugadores los sacan de sus casillas para moverlos á su antojo, ora marchando sobre negro, ora sobre blanco, según el capricho ó la conveniencia de los que los manipulan.

¿Blasfemamos? — Pasaron los tiempos en que los pueblos estaban sometidos á la voluntad de un señor, de un abad ó de un rey absoluto; hoy son libres, el progreso moderno los ha emancipado del blasón señorial, de la cogulla monacal, del cetro de los reyes absolutos...

¿Sí? ¿son libres? Pues pronto lo veremos, y eso que pasaron y todavía no han vuelto los tiempos del sufragio universal, en que la plétora de libertad se traducía en palos, la emancipación en cárceles y la representación nacional en la monarquía de un extranjero.

Pasaron la autoridad del señor y del abad, se quebrantó la autoridad real; pero nos vinieron las tiranías de los caciques políticos, de los guardas de montes, de los cobradores de contribuciones, de los agentes de policía, de los innumerables resortes, en fin, de la máquina electoral.

Y aun el progreso irá más lejos, porque también á esta máquina se aplicarán con el tiempo los acumuladores eléctricos.

Un concejal de nuestro Ayuntamiento ha presentado estos días una proposición para que se vigile la corrección gramatical de las muestras y letreros de las tiendas, y se castiguen como faltas de policía urbana los disparates é incorrecciones que en adelan-

te puedan cometerse. La proposición ha sido rechazada.

Si nosotros hubiéramos tenido voto, lo hubiéramos dado favorable, porque en ninguna ciudad de Europa se observan tantos disparates en las muestras como en Madrid, donde se habla el peor castellano de España. No há mucho que en una panadería de Chamberí se leía este letrero, casi subversivo:

Salvaos: hay cisco.

¿Qué pensará un extranjero que visite nuestra capital, de nuestra cultura y hasta de nuestro sosiego público, al leer rótulos de este género, en que parece anunciarse una revolución permanente, no extraña á nuestras costumbres políticas?

La lengua de un pueblo es un reflejo vivo de su carácter, y los letreros de las tiendas no en vano llevan el título de *muestras*.

Vamos á terminar esta crónica con una recomendación entusiasta, la de una Obra ó institución importantísima, que puede considerarse como la primera entre todas las Obras católicas: la Obra de la Propagación de la Fe.

El día 7 del corriente se celebró en casa de la noble y piadosa condesa viuda de Armildez de Toledo la Junta de instalación definitiva, bajo la presidencia del Sr. Obispo auxiliar de esta diócesis, R. P. Cámara, que ha puesto en esta Obra todo el fervor de su corazón de misionero y de apóstol. En la reunión, que fué numerosa, habló el sabio Prelado como él sabe hacerlo, demostrando que esta Obra se endereza al cumplimiento de la primera petición del *Padre nuestro*: «Santificado sea tu nombre.» En esta Obra, según se acaba de instalar, quedan refundidas las antiguas de Mindanao y de la Santa Infancia.

Quiera Dios que en este Madrid, donde tanto dinero se gasta en funestos despilfarros y lujos escandalosos, prospere la Obra de la Propagación de la Fe, que tan cortos sacrificios impone y tantos frutos promete de salud para los pueblos infieles, ora no hayan visto nunca la luz de la verdad, ora la hayan perdido con la ceguera de los modernos errores.

La limosna cristiana es recíproca en el que la da y en el que la recibe, porque la caridad, que es su origen, tiene, como Cristo, dos brazos abiertos para unir sobre un mismo corazón al generoso y al necesitado, al compasivo y al pobre, la liberalidad y la gratitud.

Dad y recibiréis.

NULEMA.

CRÓNICA



o es posible dudarlo: la revolución es un monstruo que nunca se sacia; cuantos más despojos é iniquidades comete, tantos más despojos é iniquidades ansía.

Buena prueba es de ello singularmente lo que sucede en Italia.

Se realizó la usurpación de los Estados Pontificios por la fuerza armada de la casa de Saboya, falleció Pío IX y subió al solio más augusto y elevado de la tierra León XIII.

Tratóse de trasladar á la basílica de San Lorenzo las cenizas del Papa de la Inmaculada, y una muchedumbre inmensa de fieles acudió á San Pedro para tomar parte en la fúnebre ceremonia.

Se avisó á la policía, pero fué en vano. La ceremonia se verificó en medio del sosiego de la noche, pero fué inútil medida. Los restos mortales de Pío IX fueron bárbara y groseramente insultados, y si no fueron arrojados al Tiber se debió, después de Dios, á la energía de los católicos que formaban el cortejo.

La llamada ley de garantías establece y reconoce la soberanía del Papa en el Vaticano. Sin embargo de esto, se presentó el asunto Martinucci, y los tribunales civiles del titulado reino de Italia se declararon competentes para entender en él.

De este atentado al que acaba de perpetrarse va inmensa diferencia.

El Gobierno usurpador dió una ley poco después de haberse apoderado de Roma, ordenando la venta de los bienes de las Congregaciones religiosas establecidas en Italia, y la inversión del producto de esta venta en la compra de papel de la deuda pública, con el cual se asegurase una renta á los propietarios inicuamente despojados de sus fincas.

Entonces no se pensó poco ni mucho en lo que después se ha pensado hacer y se ha hecho en nombre de dicha ley.

Existe en Roma una congregación llamada de la Propaganda Fide, la cual preside actualmente el Emmo. Sr. Cardenal Simeoni. Esta Congregación dirige los trabajos de los misioneros en las cinco partes del mundo, y por medio de sus rentas considerables les auxilia en sus grandes empresas, principalmente en sus largos viajes.

La Propaganda ha reunido este considerable patrimonio en estos últimos siglos, con lo que le han legado católicos de diversas naciones y razas.

Así resulta que los bienes de dicha Congregación tienen por su origen y por el objeto á que están destinados sus productos un carácter esencialmente internacional. Aun los diarios más liberales de Alemania y de Francia se ven obligados á reconocerlo así.

De todo esto resulta claramente que, aunque fuese legítimo el atentado perpetrado contra los bienes de las Congregaciones religiosas por el Gobierno de Italia, todavía no lo sería el que dicho Gobierno acaba de perpetrar contra los bienes de la Propaganda Fide.

Porque debe saberse que el Gobierno del Quirinal se ha apoderado de dichos bienes como se apoderó de los de las Congregaciones religiosas, y va á convertirlos en papel de la deuda pública, sujeto á las contingencias de la política y á toda suerte de contingencias.

No sabemos qué harán los Gobiernos del mundo civilizado ante esta nueva iniquidad de los usurpadores de Roma. Quizás con su silencio se hagan cómplices del despojo inicuo de la Propaganda Fide. Pero si sabemos qué dirá el pueblo fiel, qué dirá la historia, al hablar de este nuevo despojo de la Iglesia.

Dirán seguramente que los revolucionarios no se diferencian sustancialmente un punto de los que pecan contra el séptimo mandamiento; unos y otros se apoderan de lo ajeno contra la voluntad de sus legítimos poseedores.

..

Los Gobiernos de Europa sufren continuamente las consecuencias de sus debilidades con la revolución.

No entendemos hablar ahora de los Gobiernos revolucionarios.

Hablamos de Gobiernos como el de Austria, que hace gala de ser católico y profundamente conservador.

Desde hace algunos años, el socialismo hace evidentes progresos en las grandes poblaciones del Imperio austriaco. La estancia en el poder durante largo tiempo de Gobiernos liberales facilitó la propaganda de las doctrinas de dicho partido.

Pero el Sr. Conde de Taaffe, al subir al poder, creyó que había vencido al socialismo el día que le obligó á dejar la superficie.

Pronto debieron desengañarle los desórdenes promovidos en Viena y en otras poblaciones por los socialistas, y últimamente la manifestación sacrilega de que fué objeto el célebre Padre Hammerlé, el orador sagrado de más fuerza y prestigio que existe en Austria.

Cuando esta última manifestación, empezó á ver claro el Sr. Conde de Taaffe. Pero todavía no se decidió á obrar con la energía con que debiera hacerlo desde el primer momento.

Nuevos desórdenes y atentados han venido á sacarle de su inacción.

Decidido á obrar, ha pedido poderes discrecionales al Parlamento del Imperio, y los liberales están sosteniendo una vigorosa campaña en favor de la libertad de los socialistas, para propagar y defender sus doctrinas en la cátedra, en la prensa, en el libro y para organizarse como lo están en Francia.

El Gobierno ha defendido valerosamente su proyecto de ley.

Pero mientras así se pierde el tiempo en discusiones sostenidas sólo por espíritu de partido de parte de los liberales, los socialistas se preparan para recibir el golpe y aun para hacer frente al Gobierno si éste por ventura les ataca con la energía que permiten esperar las declaraciones últimamente hechas por algunos individuos del Gobierno.

¡Cuántas lágrimas y cuántos disgustos no se hubieran evitado, si el Gobierno del emperador Francisco José hubiera tenido menos debilidades y complacencias con los socialistas y les hubiera atacado de frente desde el primer día que se presentaron en la escena política!

Los liberales entibian cuando no arrancan la fe del corazón del pueblo, y olvidan que un pueblo no creyente no es un pueblo liberal: la lógica le obliga á ser, en un plazo muy breve, un pueblo socialista.

..

La Cámara de los magnates de Hungría ha vendido. La Cámara de diputados ha acordado retirar el proyecto de ley sobre matrimonios mixtos, toda vez que la Cámara alta se niega á darle su aprobación.

La lucha no ha terminado con esto.

Los diputados más influyentes de la mayoría liberal de la Cámara, han declarado que están dispuestos á presentar un proyecto de ley estableciendo el matrimonio civil obligatorio.

Como este proyecto es tan anticatólico y secularizador como el primero, bien pudiera creerse que será igualmente rechazado por la Cámara de los magnates, si no se supiera por cartas y por los periódicos de Pesh, que el Sr. Tisza ha empezado una serie de trabajos encaminados á convertir en minoría la mayoría de dicha Cámara.

No permita el cielo que logre salir adelante con sus propósitos.

..

Los nihilistas rusos siguen conmoviendo ferozmente el Imperio de los Czares. Los atentados contra representantes y agentes de la autoridad se multiplican con pasmosa rapidez. En Moscou ha sido condenado y ejecutado últimamente por los nihilistas, uno de los agentes de policía que más celo y actividad había mostrado en el cumplimiento de su deber.

Dos compañeros suyos que eran nihilistas y que han desaparecido luego, le cosieron á puñaladas.

La policía hace gran número de prisiones en las grandes ciudades del Imperio, pero la agitación y la alarma no disminuyen un punto. Antes bien, todos convienen en que aumentan por momentos.

Las imprentas clandestinas, que hacía mucho tiempo que no funcionaban, vuelven á publicar periódicos y hojas de una violencia extrema.

Un diario de Berlín reproduce el siguiente párrafo de una de esas publicaciones revolucionarias: «Ha llegado el momento del exterminio: ó exterminio ó libertad. Hemos dado una tregua y de nada nos ha servido. El tirano se ha fortalecido en su tiranía y desafía nuestras iras. Será vencido y humillado como lo fué su padre, y al caer herido por la justicia del pueblo, verá rodar á su lado las cabezas de todos los que le auxilian en su despotismo. El porvenir es del pueblo; ¡ay de quien quiera disputárselo!»

Esta publicación ha sido distribuida en número de muchos miles de ejemplares en San Petersburgo, y todas las personas que rodean al Czar la han encontrado en los bolsillos de sus gabanes.

La corte vive en una continua agonía, y es difícil que Alejandro III logre hacerse superior á las circunstancias que le rodean.

La sangre de los polacos, bárbaramente inmolados por los que restablecieron el orden en Varsovia, cae gota á gota sobre la cabeza de los gobernantes de Rusia.

..

No debe ponerse término á esta crónica sin hacer constar dos noticias de suma gravedad y trascendencia.

Es la primera la nueva derrota sufrida por los ingleses en el Sudán. El general Beker ha sido batido por el Madhi, en términos de dejarle en cuadro el cuerpo de ejército que llevaba á sus órdenes.

Es la segunda la prisión del general Gordon, enviado por el Gabinete de Londres al Sudán, con el objeto de estudiar los medios de llevar á cabo el abandono de aquella región, con el menor gasto y las menos pérdidas posibles.

El Madhi, triunfante, lleva á sus órdenes más de 250.000 hombres, y como era de esperar, ya no se contenta con ser dueño del Sudán. Quiere extender por toda el África su dominación.

El mundo está amenazado de una nueva invasión del islamismo.

¡Juicios de Dios!

D. ISERN.

EL AYUNTAMIENTO Y LA GRAMÁTICA

USEME esta mañana á repasar las hojas de mi cartera... Diré por qué.

Hemos contraído tácitamente los lectores y el abajo firmado una especie de compromiso ó contrato bilateral, mediante el que se obligan los primeros (ustedes) á soportar periódicamente las charlatanías anticuadas de Blas (yo), y me obligo yo (Blas) á poner á prueba cada diez días la longanimidad de ustedes (los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA).

Este contrato, si no puede llamarse leonino, en

la verdadera acepción de la palabra, no deja de ser desventajoso para mí, porque, después de todo, ustedes tienen el derecho de no leerme, al paso que yo no tengo el derecho de dejar de escribirles, por si acaso alguno de ustedes cae en la tentación de leer lo que yo escriba.

No digo esto porque me proponga hacer lo que en términos jurídicos se llama una *novación de contrato*. Nada de eso; le acepto y le ratifico á fuer de hombre honrado, aunque sea para mí poco equitativo. Sigán ustedes ejercitando todos sus derechos de no leer, de criticar, de compadecer y aun de anatematizar mis escritos; que yo continuaré cumpliendo mis deberes de buscar, discurrir, idear y desenvolver asuntos para la perpetración de mis artículos.

Y ahora vuelvo al principio.

Para el cumplimiento de estos deberes míos, correlativos á aquellos derechos de ustedes, acostumbro anotar en mi cartera alguna frase, nombre, indicación ó tema que se me ocurre y que pudieran servirme en su día para llenar, diluyéndolos en caracteres de imprenta, un par de columnas de esta revista.

Aquí está explicado por qué me puse esta mañana á repasar las hojas de mi cartera.

Pero es el caso (y de este y de muchos otros casos es responsable la debilidad de mi cabeza) que después de repasar esas anotaciones medio taquigráficas, suelo quedarme en ayunas la mayor parte de las veces, porque me es imposible traer al libro desencuadrado de mi memoria la idea contenida en los apuntes de mi libro de memorias.

«¿Qué quise yo decir con esta palabra? — ¿A qué aludirá esta cita? — ¿Qué puede sacarse de este aforismo? — ¿A quién pertenece este nombre propio?...»

Tales son las preguntas que me dirijo á mí mismo en semejantes circunstancias, y tal es lo que me pasó esta mañana al fijar primero la vista, luego la atención y, por último, todas mis potencias y sentidos en el renglón que sirve de epígrafe á este artículo: *El Ayuntamiento y la gramática*.

Y cuanto más empeño ponía en descifrar esa especie de jeroglífico, más me confundía y embrollaba.

Sólo veía algo claro que al escribir la palabra «Ayuntamiento» quise referirme probablemente al Ayuntamiento de la Corte, y al hablar de la «gramática», me refería á la gramática castellana...

Pero ¿por qué apunté esas dos palabras? ¿Qué puede haber de común entre el Ayuntamiento de Madrid y la gramática?

Si al menos se tratase de cualquiera otra gramática que no fuese la de la Academia, por ejemplo, de la gramática parda, anda con Dios; todavía pudiera buscarse relación, asociación de ideas, *ayuntamiento lógico*, digámoslo así, entre esas dos voces. Pero, no, señor, no ha podido ser eso lo que yo quise expresar con ellas...

Ya iba á abandonar mi terco empeño de exprimir mis recuerdos, cuando á través de los cristales de mi balcón fijé la distraída mirada sobre una inscripción mural que en toscos caracteres dice á todo el que la quiere oír:

SEDA DE COMER, CAYOS Y CARA COLES.

Aquello fué para mí conturbada memoria lo que los susodichos caracoles y callos serían (mejor condimentados que ortografiados) para un estómago deficiente de alimento y sobrecargado de hambre trasnochada.

¡Tate! — exclamé (por no decir *eureka*) — ya te cogí por el procedimiento mnemotécnico; ya sé lo que quise expresar, pese á mi desventurada memoria... Y respiré con fuerza, y suspiré con satisfacción, y aspiré con delicia las emanaciones del guiso callístico y caracolero que desde la taberna de enfrente se filtraban por las junturas de mi vidriera.

El Ayuntamiento y la gramática, esa especie de jalón puesto por mi mano en el campo de mis recuerdos indica que me proponía medir, con pocos kilómetros de diferencia, la distancia que hay desde un punto á otro: desde el Municipio de Madrid hasta la gramática castellana.

Y esta idea agrimensora me fué sugerida por haber leído en los papeles públicos (no puedo acostumbrarme á llamarlos periódicos) que el Ayuntamiento había estrangulado en el nudo corredizo de una solemne votación nominal, una proposición encaminada á barrer con la escoba de la gramática las inmundicias de lenguaje que ensucian las fachadas de muchas tiendas de la capital.

Yo no asistí á esa sesión memorable; no sé qué clase de razones se alegaron por una y otra parte durante la polémica; pero me explico los votos de los señores concejales que hicieron recular la proposición hasta ponerla fuera de la vía aprobatoria.

Se trata de ofensas á la cultura de la capital de

España — dirían, — de atentados al sentido común, de ataques á la gramática... — Sensible es, seguramente, que se ofenda, se atente y se ataque á todas esas cosas; pero no ha de ir el Ayuntamiento de Madrid, á guisa de caballero andante, enderezando letreros tuertos, desfaciendo agravios al idioma, socorriendo gramáticas menesterosas y acorralando róticos malandrines por esas calles de Dios.

A buen seguro que el mismísimo D. Quijote, si por mal de sus pecados se viese empeñado en este trance, encomendárase cien veces á la dama de sus pensamientos antes de comprometerse en tan pavorosa aventura.

No sino métase suarcé de rondón por esa selva encantada de plazas, ruas y callejuelas sucias y mal empedradas; enristre el clásico lanzón de la Academia Española, embrace la adarga de los buenos hablistas, encasquétase el yelmo de Mambrino el Castizo, y puesto el corazón en sus ideales ortográficos y la vista en las fachadas de los establecimientos industriales y mercantiles, arremeta y derribe muestras y escaparates, ensarte galicismos y barbarismos y acorrale á tantos enemigos de la pública cultura...

Eso se dice muy bien, pero tiene sus quiebras y molimientos de huesos; que esto de colarse sin precaución por las vías públicas puede traer consigo algo más que fáciles victorias contra molinos de viento y rebaños de carneros; puede suscitar desalmados yangüeses y estropicio de quijadas.

Los sabios encantadores anapoliciacos han sembrado de trampas, redes y celadas el camino de la inmortalidad á los caballeros andantes de la Gramática.

La cueva de Montesinos se reproduce mil veces en multiforme aspecto. Ya es una boca de riego sin cubierta, que acecha el incauto pie del viandante para hacerle caer de bruces. Ya son las negras fauces de una alcantarilla que, á modo de dragón infernal, exhala un aliento mefítico que trastorna y hace vacilar al que cruza por su lado. Ya es el adoquín que falta ó el bache que sobra. Ya la zanja abierta para recomponer las cañerías del gas, y ante la cual no se ha tendido una cuerda que indique al transeunte la inminencia del peligro.

Si el desfacedor de agravios se refugia en las aceras para evitar esos percances, no se libra por ello de los perros sin bozal que pululan por todas partes; ni de los mozos de cuerda que trasportan efectos ajenos, pero propios para descalabraduras; ni de los barrenderos del municipio, que, concluida su tarea de levantar polvo, desfilan por compañías con sus monumentales escobas al hombro; ni de las cortinas de las tiendas que le azotan el rostro; ni del agua sobrante del riego de las macetas balconeras que le cae encima, obedeciendo á la ley de la gravedad, aunque desobedeciendo á las ordenanzas municipales.

¿Quién es el guapo que se atreve á meterse en libros de caballería ante tales malandanzas? ¿Ni cómo el Ayuntamiento, que carece de medios para evitar tales extremos y de fuerzas para corregir estas debilidades, ha de preocuparse de si al rótulo del *Carvernero* le falta lo que le sobra á la muestra de la *Cerbeceria*; si la *Casa para dormir* está tan bien arreglada por dentro como lo están las letras por fuera; si es mayor desatino escribir sobre la portada de una elegante tienda *A la villa de París*, que lo sería anunciar otro establecimiento con el título de *La ciudad de Bilbao*; si le falta un acento á la *Casa de prestamos* y le sobra al prestamista un apóstrofe sobre la conciencia?

Lo dicho: comprendo perfectamente que la mayoría del Ayuntamiento de Madrid rechazase la proposición *cutterana* de los concejales escrupulosos en materias de buen gusto.

Si se tratase de rectificación de listas electorales, en buen hora; pero meterse á rectificar el sentido común, del que nadie hace maldito el caso en estos tiempos, sería la más inocente de las puerilidades.

Pase que se gasten unos cuantos miserables millones en expropiar propiedades urbanas para hacer plazuelas, ó en deshacer plazuelas para levantar casas; pero derrochar una cantidad de celo y de buen deseo para expropiar impropiedades de lenguaje y denunciar rótulos que ofenden al pudor gramatical, sería indigno de la gravedad de nuestros ediles.

No es que dejen de reconocer que la rotulación pública de la Corte deja mucho que desear, tanto por lo menos como todos los servicios municipales, empezando por el de incendios; pero si la Corporación popular tuviera que ocuparse en todas las zalandajas que afectan á los intereses del pueblo de Madrid, posponiendo á aquéllas las trascendentales cuestiones de reparto de comisarías, nombramiento de empleados, distribución de billetes de convite para espectáculos públicos, etc., etc., no habría quien aceptase el cargo concejil.

Por otra parte, no deja de ofrecer incentivo y aliciente á la curiosidad de los forasteros el abigarrado conjunto de muestras é inscripciones que se exhiben en el frontispicio de las casas. De mí sé decir que he pasado ratos deliciosos recorriendo las calles sin más objeto que leerlos y celebrarlos.

He visto cosas peregrinas en la materia, y aun conservo entre mis papeles de *in illo tempore* copias de algunos rótulos que son verdaderas curiosidades. Entre ellos recuerdo el siguiente (que no sé si existe todavía), tan difícil de descifrar como la más ingeniosa charada. Dice (ó decía) así:

*A guisa tras la Dadola
fila d orquesta
va frente lata
ó navajada des
á todo Mingo.*

Apostaría cualquier municipio de cualquiera capital de cualquiera España á que no hincaría el diente á ese magnífico trozo de literatura foránea el más famélico de los centenares de perros sin bozal que pasean las calles de Madrid.

Trabajo me costó traducirle (no al perro, sino al letrado), pero de todo triunfa la fuerza de voluntad, y para que ustedes, lectores míos, no se fatiguen en tal trabajo, allá vá el resultado de mis vigiliat:

«Aquí se ha trasladado el afilador que estaba
»frente á la tahona, bajada de Santo Domingo.»

BLAS.

LOS GRABADOS

CAPILLA DE LOS CORPORALES (*vulgo del Santísimo Misterio*).

Erigida por el rey D. Juan II en la excolegiata de la ciudad de Daroca.

(La explicación en el número próximo.)

MONUMENTOS CÉLTICOS EN MAHÓN. — Un DOL-MEN,
ó altar de Sacrificios.

Para ilustrar convenientemente este grabado vamos á recoger aquí, en breve sumario, las noticias que sobre monumentos célticos publican los autores más competentes que tratan de la materia.

Los celtas eran oriundos del Asia, de donde vinieron en los tiempos más remotos á poblar algunas islas de Europa como Anglesey en la Gran Bretaña y las Baleares en España. Las escasas noticias que tenemos de estos pueblos se deben principalmente á sus monumentos, que hasta principios de este siglo habían permanecido ignorados. También ha servido de mucho en este estudio el poema de Ossian, escrito en el siglo III del cristianismo para celebrar las hazañas del valeroso Gíngal. Los celtas sucumbieron con las conquistas de los romanos, de modo que á sus monumentos hay que reconocerles, cuando menos, una antigüedad de cien años antes de J. C. Los sacerdotes de este pueblo se llamaban druidas, y por esto sus monumentos, en su mayor parte religiosos, se les suele apellidar druidicos.

El más simple de todos es el llamado *Men-hir* (piedra larga) ó también *peulvan* (pilar de piedra): se compone de una piedra larga (10 á 35 pies) en bruto, hincada verticalmente en la tierra como un mojón. Se supone que sirvieron para marcar la sepultura de los valientes, para señalar el límite de comarcas y hasta para ídolos. Debajo de ellas se han encontrado huesos humanos, colmillos de jabalí, armas y otros trofeos de guerra y caza. Las groseras esculturas que algunos ofrecen son de épocas más recientes, así como las cruces que los cristianos pusieron en ellos para santificarlos y de que muestran ejemplos otros muchos monumentos de la antigua superstición druidica.

Se llama *Kromlech* (círculo de piedra) á una reunión de men-hirs colocados á cierta distancia los unos de los otros y formando un círculo, ó semicírculo ó elipse. Este monumento que algunos han llamado murallas druidicas, círculos astronómicos y temas celestes, debían ser los recintos ó templos de que habla Tácito y que, según él, estaban en tan gran veneración que nadie entraba en él sino atado, á fin de rendir homenaje á la divinidad en actitud humillante. También se supone que servían de lugar de reunión para la elección de los jefes de este pueblo misterioso.

Las *alineaciones druidicas* son también largas filas de men-hirs paralelas como calles de árboles. Se supone que eran templos sin otra bóveda que el cielo, á la manera de los persas, donde se adoraban los astros. Otros creen que era la señal de un campo de batalla. Los *dol-menes* (piedras levantadas) son los monumentos más conocidos de los celtas. Constan de una gran losa colocada horizontalmente sobre muchas otras verticales. Los hay de una losa sentada por un extremo en la tierra y por el otro en una ó más piedras, se le denomina *medio-dol-men*. También los hay compuestos de tres piedras, dos verticales y una horizontal descansando sobre las primeras: se le llama *trilito*. Estos monumentos son verdaderos altares, de sacrificio unos, donde se inmolaban las víctimas, y de oblación los otros, donde se ofrecían á la divinidad. Suelen tener estos monumentos canales abiertas en las losas, por donde sin duda caía la sangre sobre los celtas que, colocados debajo, la recibían como medio de purificación.

Las *calles cubiertas ó grutas de las hadas* no son sino dol-menes de grandes proporciones. Se cree que estaban destinados á tumbas y también á morada de los druidas. No falta

quien dice que en ellos se celebraban las más misteriosas ceremonias del culto de los celtas.

Las *piedras templadoras, giratorias ó vacilantes*, son compuestas de una piedra colocada sobre el suelo ó sobre otra piedra, de tal suerte que un débil esfuerzo pueda ponerla en movimiento. Se cree que servían para las adivinaciones de los druidas.

Los *túmulos* eran montecillos levantados sobre los despojos de los muertos, regularmente en forma cónica: varía su altura de 300 á 500 pies. Los que existen en las Islas Baleares suelen tener un camino, que en espiral se eleva hasta su cima.

La comarca más rica en monumentos célticos es la Armórica y también Anglesey y las Baleares. El dol-men más célebre es el llamado *la mesa de los mercaderes* en Locmariaker, la gruta de las Hadas, la de Bagneu (Marne y Loira), las murallas druidicas, las de Abury y del *stone-henge* en Wiltshire; la piedra tembladora la del valle de Cros (Puy de Dôme) y los túmulos más numerosos y variados los de las Islas Baleares, principalmente en Menorca.

A éstos pertenece el de nuestro grabado, que es un modelo de *dol-men*. Las ruinas que le rodean indican la existencia del templo en medio del cual se levantaba este altar de sacrificios.

RECUERDOS DE ANDALUCÍA

1. En la Mancha. — 2. En Despeñaperros. — 3. Una ganadería. — 4. El Triunfo en Córdoba. — 5. Puerta de Almedovar. — 6. Puerta y Torre de Malmuerta. — 7. Puerta Romana. — 8. Interior de la Catedral. — 9. Antiguo é histórico castillo de Calahorra.

Poca explicación exige este grabado, cuyas vistas y monumentos son muy conocidos. La mayor parte se refiere á Córdoba, famosísima ciudad desde la época romana y principalmente en la dominación agarena, en que fué centro del gobierno del Califato y foco de cultura en las ciencias y en las artes. Sabido es que su principal monumento es la Catedral, mezquita comenzada por Abderramán II en el siglo VIII y acabada por su hijo Hiseu. Conquistada la ciudad por el Santo Rey en 29 de Junio de 1236 fué convertida en Catedral; pero se asegura que sólo se conserva la mitad del edificio. Tiene 600 pies de largo y 250 de ancho; en la primera dirección tiene 29 naves y 19 en la segunda. Dan entrada al templo 17 puertas, y sostienen sus bandas 360 columnas de alabastro, jaspe y mármol negro de pie y medio de diámetro y 30 de altura.

En nuestro grabado se presenta la nave que da frente al *Mihrab* ó lugar sagrado, donde los moros conservaban con gran veneración el *Corán*. El pueblo llama á este lugar la *Capilla del Zancarrón*. La forma de esta estancia es ochavada de 13 pies de diámetro y 27 de alto hasta la bóveda.

La *Puerta y torre de Malmuerta* del núm. 6 recuerda una tradición que el tiempo ha confundido y casi borrado de la memoria de los hombres. Para reprimir los desafueros de la nobleza, Enrique III se mostró enérgico y justiciero. Cuenta la tradición que habiendo un caballero cordobés dado muerte á su mujer por celos, el Rey, dice una memoria antigua, «hecha la común prueba mandó por condenación que á su costa se hiciese esta torre,» para cárcel de los caballeros que no podían ser encerrados en la pública. Por este motivo, según la tradición, se llamó *de la Malmuerta*. La inscripción del arco no dice nada de eso; es la siguiente: «En el nombre de Dios. Porque los buenos fechos de los reyes no se olviden, esta torre mandó hacer el muy poderoso rey Don Enrique, é comenzó el cimiento el Doctor Pedro Sanchez, Corregidor de esta ciudad, é comenzóse á sentar en el año de nuestro Señor Jesucristo de M.CCC.CVI años é sendo Obispo D. Fernando Deza é oficiales por el Rey Diego Fernandez, mariscal, alguacil mayor, el doctor Luis Sanchez, Corregidor, é regidores Fernando Diaz de Cabrera, é Ruiz Gutierrez... é Rui Fernandez de Castillejo é Alfonso... de Albola-fía é Fernan Gomez é acabose en el año de M.CCCCVIII.»

El *Triunfo*, erigido en honor de San Rafael por D. Baltasar de Yusta y Navarro, principiase en 1765 y se concluyó en 1781. Consta de un gran zócalo de jaspe azul, del que se levanta un risco roto por medio, de jaspe del mismo color, en cuyo frente se ven sentados San Acisclo y Santa Victoria, patronos de Córdoba, y en la parte posterior Santa Bárbara, todas ejecutadas por D. Miguel Verdiquier. Sobre el risco se levanta un castillo de jaspe encarnado, del cual se eleva una columna, que lleva en su remate la imagen de San Rafael. La elevación total del monumento es de 90 pies.

El *punte* fué construido por Julio César y reedificado por Hiseu I. Consta de 16 arcos y tiene de largo 888 pies y 23 de ancho. Termina este puente por la parte de la ciudad el *castillo de Calahorra*, que fué reparado y ampliado por Enrique II en 1369.

D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

Nació en 1561. — Murió en 1627.

(La biografía en el número próximo.)

VINDICACIÓN DE SAN GREGORIO VII

(Conclusión)

X

Tales son, en resumen, los hechos realizados por el inmortal Gregorio VII durante su azaroso pontificado, actos que, como se ha visto, ó han sido juzgados vilmente por sus enemigos, ó han sido desfigurados con propósitos nada nobles.

Bien quisiéramos, á disponer de más espacio,

haber disertado más extensamente sobre la última acusación á que nos hemos referido; pero lo resbaladizo del terreno en que nos colocábamos en las circunstancias presentes, y el suponer á nuestros lectores enterados sobre tan espinosa discusión, nos ha hecho desistir de nuestro propósito.

Con lo expuesto en el presente artículo, creemos haber reivindicado á la hermosa figura del Pontificado de varias acusaciones tan bajas como destituidas de fundamento, pues defendiendo á uno de sus más gloriosos Pontífices, se defiende á la Iglesia en la persona de sus Vicarios, representantes únicos de Jesucristo en la tierra, y cuya misión desconocen sus enemigos, ó por lo menos aparentan desconocer.

¿Y cuál es su misión? preguntarán algunos.

¿Cuál? Veámoslo.

«Depositario de la autoridad del Rey de los reyes, y órgano infalible de su voluntad, el Soberano Pontífice se halla colocado en la cumbre de la jerarquía social; sus manos empuñan las riendas que deben dirigir al mundo cristiano hacia su fin; en su navío está la brújula que debe indicar el derrotero á todos los buques, mantenerlos en orden de batalla y encaminarlos al puerto de la eternidad. A él corresponde el derecho de marcar el rumbo y dar órdenes á los conductores de los pueblos, á él el de resolver en definitiva los conflictos entre los pilotos y las tripulaciones, notificando á unos y otros las leyes de la justicia eterna. Y como un poder judicial es nulo si no está armado, á él corresponde el derecho de obligar á los culpables á la obediencia con penas eficaces, y aun separar del mando á los capitanes obstinadamente rebeldes que, faltando á su deber, guiasen á los abismos el buque y los pasajeros.¹»

Esta, y no otra, es la misión del Pontificado. Hacer prevalecer el bien, hacer que impere la justicia, que ésta se aplique sin distinción de categorías, y que los pueblos marchen por la senda que la Iglesia ha trazado á los pueblos con objeto de que, en lo que sea posible, alcancen durante su peregrinación por este valle de miserias é infortunios, la mayor suma de bienestar, y por fin último la bienaventuranza.

Por lo tanto, cuando llegue á nuestros oídos (como llegará) que los Papas, en la Edad Media, sólo han pensado en crear una monarquía universal, y que para lograrlo no han reparado en promover guerras y buscar alianzas, debemos suponer que ignoran el espíritu de independencia² que siempre ha existido en los Romanos Pontífices y su celo por defender la justicia.

Otros, por el contrario, con menos valor para adulterar la historia y desconocer la evidencia de los hechos, procuran resucitar las doctrinas de Wiclef condenando el poder temporal de los Papas³, po-

niendo de manifiesto su torpeza y mala fe, y doliéndose con aire enfático y sentencioso ser consecuencia que los Papas disponían aquellas contiendas de las coronas.

«Los Papas disponían de las coronas, dicen los filósofos. ¿Y qué tiene de extraño? En la inmensa confusión de pugnas y pretensiones, ¿quién hubiera puesto fin á las contiendas? Y además, si los Papas disponían de las coronas, la razón del tiempo los provocaba á aquel ejercicio de monarquía suprema. Era un delirio universal; pues no acuséis á los Papas. Sin ellos, cien veces se hubiera hundido el mundo en la anarquía; y los pueblos, esa gran multitud hollada por la ambición de los rivales... ¿qué hubiera sido de ellos sin los Papas? No puedo comprender jamás cómo los escritores que creen defender la causa de los pueblos, se equivocan hasta el punto de combatir la acción de los Papas, cuando precisamente éstos han sido el instrumento de la libertad de los pueblos.⁴»

Magníficas palabras, y que debieran tener presentes aquellos que, faltando á la verdad de la historia, no temen en pintarnos con los más negros colores la dominación de los Papas en la Edad Media, acusación desmentida aún por los mismos escritores protestantes.

«No se crea que por hallarse sometidos á la alta dirección del Papa los reinos de la Edad Media, fueron menos venturosos ni menos libres, pues precisamente sucedió todo lo contrario. ¿Qué soberanía mejor que la de los Inocencios y Gregorios? Respetadme, someteos, obedeced, decían; en cambio yo os daré el orden, la ciencia, la unión, la organización, el progreso... Con una mano el Papa luchaba contra la media luna; con la otra ahogaba los restos del paganismo enérgico del Septentrion; atrayendo, como al rededor de un punto céntrico, las fuerzas morales é intelectuales de la especie humana. *El Papado era despota como el sol, que hace girar el globo.*» (Quartely Review, 1842.)

Otros también, y éstos en gran número, negando el derecho divino de los Papas para la ingerencia en el Estado en lo que se refiere á la religión y buenas costumbres, exageran el peligro imaginario en que, en casos dados, podrían hallarse los príncipes, peligros que no han visto inteligencias privilegiadas, sino por el contrario, un gran bien para los pueblos.

«No me meto á examinar, escribe Leibnitz, si todas estas cosas son de derecho divino; lo que es innegable, es que se hicieron con un consentimiento unánime; que han podido realizarse perfectamente, y que no se han opuesto al bien común de la cristiandad, porque muchas veces la salvación de las almas y el bien público son objeto del mismo cuidado. Y no sé si, con su conciencia, los cetros de los reyes no están sometidos á la Iglesia universal, no para menoscabar la consideración que les es debida, y atar á los príncipes las manos que siempre deben estar sueltas para administrar la justicia y gobernar felizmente á los pueblos, sino para contener por medio de una autoridad mayor á aquellos hombres turbulentos que, sin considerar lo que es lícito y lo que no lo es, están dispuestos á sacrificar á su ambición personal la sangre de los inocentes y arrastrar muchas veces á los príncipes á acciones criminales; para contenerlos, digo, con aquella autoridad, que reside en cierto modo, á lo que creo, en la Iglesia universal. Poco importa aquí que el Papa tenga esta primacía de derecho divino ó de derecho humano, con tal de que sea constante, que por espacio de muchos siglos ha ejercido en el Occidente, con consentimiento y aplauso universales, un poderío seguramente muy extenso. Hasta ha habido muchos hombres célebres entre los protestantes que han creído que se podía dejar este derecho al Papa, y que era útil á la Iglesia si se quitaban algunos abusos.»

¿Qué lección y qué vergüenza para aquellos que no han titubeado en lanzar sobre los Papas de la Edad Media, y en particular sobre el inmortal Gregorio VII, todos los rayos de su indignación por no haber obrado según su pobre y mezquino criterio! ¡Ah! Si aquellos que obcecados por una soberbia sin límites, ó engreídos por una falsa ilustración, han lanzado sobre el Pontificado, y en particular sobre el célebre Hildebrando, acusaciones á cual más absurdas, y han criticado su política como opresora de los reyes y de los pueblos, siguieran las huellas que á través de los siglos han dejado los Vicarios de Jesucristo, á buen seguro que ni unos ni otros hubieran llegado al extremo en que hoy se ven.

Para concluir, y como complemento á todo cuanto llevamos dicho en nuestro trabajo, insertaremos el juicio crítico de un célebre protestante acerca de la noble figura de Gregorio VII, retrato el más aca-

bado y menos sospechoso que podemos ofrecer á los detractores de tan invicto Pontífice. Héle aquí:

«Firme y constante como un héroe, prudente como un senador, celoso como un profeta y austero en sus costumbres, se aprovechó Gregorio con valor de las circunstancias de los tiempos; fundó la jerarquía y la libertad del Imperio; unió á los eclesiásticos desparramados y desunidos; sacó del polvo á millares de hombres, que no tenían otro derecho que el de la palabra. Hizo más suave el yugo que los francos habían impuesto á las provincias alemanas; quebrantó el poder que se funda sobre la fuerza hereditaria de las armas, fuerza que parece irresistible valiéndose de otro poder que tiene su base en la fuerza y valor del espíritu... Dícese que fulminó más excomuniones que las que en los tiempos anteriores se habían fulminado. Pero ¿era culpa de San Gregorio tener más crímenes que reprimir? ¿Y cómo se olvida que en los siglos primitivos las penitencias canónicas eran un equivalente á las excomuniones? Hubiese él hallado la docilidad que en aquellos siglos, y seguro es que aquéllas no habrían sido tantas. Pero antes de llegar á este extremo, ¿cuántas amonestaciones, prevenciones y conminaciones no hizo preceder! Si no bastaban, ¿había de dejar ver perecer la fe y las costumbres, abandonando la solicitud de las iglesias? ¿Debe el médico abandonar al enfermo porque éste, en su frenesí, rechace su curación? *El que, con algún conocimiento del estado del mundo de entonces, no ame y respete como un héroe á San Gregorio VII, no ama la Religión.*»

E. FERNÁNDEZ MORENO.

LA CANANEA

leyenda bíblica.

(Conclusión.)

IV

Caminaba Jesús á través de Galilea curando todos los males y flaquezas, repartiendo los tesoros de su mansedumbre sobre la enflaquecida humanidad, que á su voz se levantaba del abismo de abyección, donde había caído. Como el lirio de los campos, marchito por la tormenta, reverdece y yergue su tallo, cuando el rocío del cielo le vivifica, de la misma manera el hombre caído, bajo el peso del pecado de generación en generación, comienza á elevar su frente al cielo desde donde el divino rocío ha principiado á regenerarle.

Hé aquí, pues, á Aquel á quien los cielos en su inmensidad, sólo son dignos de contener. El Justo de Sión llega como una llama deslumbradora, y su Salvador brilla como una antorcha. Llega Aquel que los profetas han anunciado en su gloria. Aquel de quien la Escritura ha dicho: El Señor va á venir; id delante de Él: su imperio es grande, y su reino no tendrá fin. Aquel á quien Abraham esperaba. Aquel de quien el Santo Rey David, predecía:

«La verdad ha salido de la tierra, y la justicia nos ha mirado desde lo alto de los cielos.

»Viene como un esposo que sale de su cámara nupcial; la gracia está derramada por sus labios.»

Y después de muchas semanas y años, elevando Isaías su profética voz, decía:

«El pueblo que caminaba en las tinieblas, va á ver brillar una gran luz, y la claridad ha aparecido para aquellos que habitan en las regiones de las sombras de la muerte.»

Llega, y sus ojos despiden rayos divinos, que llevan la paz y la esperanza á todos los corazones puros. Sus manos bendicen, y sus bendiciones reparten asimismo bienes sobre la tierra. Son luz para el ciego que desea contemplar las obras de su magnificencia, oído y entendimiento para el que nunca ha escuchado y cuyo corazón no ha comprendido; y el primer acento que le llega, es el de esta voz poderosa que vibra en lo más recóndito del alma con esta sencilla palabra: *Abrios*. Y los oídos del sordo oyen; su alma, hasta entonces cerrada para la verdad, comprende, y lleva dentro de sí la paz, la alegría, la felicidad de haber escuchado la viva voz del Salvador.

Más allá los leprosos, que perecen separados de todo el mundo, viviendo en el abandono de todos, hasta de los suyos arrojados, y llenando las soledades de gritos de dolor, los cuales, yendo á su presencia, le han dicho, como el pecador, porque en estos primitivos tiempos, los males del alma y del cuerpo tenían una gran semejanza: libradnos de esta vergüenza y del horror que inspiramos á los demás y aun

¹ Gaume, *La Revolución*, tomo III, art. IV, titulado *El Cesarismo*.

² Tengo para mí que las cuestiones entre los Papas y los emperadores no eran en su fondo más que el deseo de los Papas y de los romanos de no admitir otro emperador en Roma.—Parece evidente que el gran designio de Federico II era establecer en Italia el trono de los nuevos Césares, y al menos es muy cierto que quería reinar él solo sobre toda la extensión de Italia. *Este es el nudo secreto de todas las quejas que se elevaron contra los Papas*; empleó sucesivamente el disimulo y la violencia, y la Santa Sede le combatió con las mismas armas. Los gúelfos, estos partidarios del papado, y más aún de la libertad, contrarrestaron siempre el poder de los gibelinos, partidarios del Imperio. Las divisiones entre Federico y la Santa Sede, no tuvieron por objeto la religión.—(Voltaire: *Essai sur l'histoire générale*, tomos I y II.)

³ He aquí algunas de las proposiciones de Wiclef, condenadas de un modo solemne y terminante por el Concilio de Constanza (1415), en su sesión octava:

«10. Que los eclesiásticos tengan posesiones, es contrario á la Sagrada Escritura.

«32. Enriquecer al clero es contra la regla de Cristo.

«33. El Papa Silvestre y el emperador Constantino, erraron haciendo donaciones á la Iglesia.

«36. Herejes son el Papa y todos los clérigos que tienen posesiones, puntualmente por esto, porque las tienen; y herejes también los señores del siglo y demás legos que se lo consienten.

«39. El emperador y los señores seculares fueron seducidos por el diablo para dotar á la Iglesia con bienes temporales.»

Bueno será advertir que la conveniencia del poder temporal de los Papas ha sido aceptada en todos tiempos como necesaria y conveniente para la completa independencia de la Iglesia. Además, los Obispos de Francia, y en el siglo, han reconocido y confesado la necesidad del poder temporal de los Papas en los Concilios nacionales de Reims (1849), Tours (1849), Burges (1850), Burdeos (1850), Lyon (1850), Roan (1850), Tolosa (1850) y otros. Por último, el inmortal Pío IX condenó en el *Syllabus* las opiniones de los que niegan á la Iglesia el derecho de adquirir y poseer (Prop. XXVI); los que no admiten el poder temporal de los Papas (Prop. XXIV), y los que dicen que el Romano Pontífice debe ser excluido de la administración y dominio de las cosas temporales (Prop. XXVII).

⁴ M. Laurentie: Introducción á la *Historia de los Papas* de Beaufort.

¹ Juan Müller, *Viajes de los Papas*.

² Js. IX. 1.

MONUMENTOS CÉLTICOS EN MAHON.



UN DOL-MEN ó ALTAR DE SACRIFICIOS.



1 En la Mancha. — 2. En Despeñaperros. — 3. Una ganadería. — 4. El Triunfo en Córdoba. — 5. Puerta de Almodévar. — 6. Puerta y torre de Malmuerta. — 7. Puerta romana. — 8. Interior de la catedral. — 9. Antiguo é histórico castillo de Calahorra.

á nosotros mismos, y la bendición del Señor les curó de la lepra que cubría su cuerpo, y del pecado que infectaba su alma. Todos pudieron ver á estos infelices, separados de las miradas humanas, que están al presente más sanos y puros que ninguno. Han vuelto al goce de la familia; estrechan á los hijos contra su corazón, que late libre y feliz bajo el techo doméstico, cuyas dichas disfrutan de nuevo. ¡Gloria á Dios, exclaman ellos; gloria á Dios en la tierra y en lo más alto de los cielos!

Y el divino Verbo llegaba; había atravesado la Galilea; descendió de las montañas, y al presente costeaba las orillas del mar por evadirse de la muchedumbre que iba tras él, luego que hubo conocido los lugares que recorría.

En las montañas, misteriosas voces decían:

«Bendita sea la gloria del Señor y el sitio donde reside». Y las del mar de ola en ola repetían:

«Bendita sea la gloria de Dios.»

Y la llanura con los suspiros de sus brisas entre el follaje; con el murmullo de sus aguas; las maduras espigas que mecíanse chocan; los pajarillos que gorjean; los insectos de oro y de esmeralda que zumban lanzándose vaporosos en el espacio; la misma tierra hasta en sus más recónditas profundidades; todos, todos entonan:

¡Bendita sea la gloria de Dios!

Había dejado en lontananza á Tiro; la soberbia Tiro, cuya fama sólo existe ya en los cantos del Profeta.

— ¡Oh Tiro, sois una hermosa ciudad fundada en medio del mar, y los que os han construido no han omitido nada para embelleceros! »

«Pero vuestras riquezas y tesoros, vuestra magnífica prosperidad, vuestros navegantes y pilotos que disponían de todo cuanto hacia vuestra grandeza, todo ha dejado de existir, el mar os ha invadido y vuestras riquezas están en el fondo de las aguas, y toda muchedumbre ha perecido.»

Había dejado Sarepta la aldehuela, testigo del prodigio de Elías.

Se adelantaba hacia Sidón, y sus discípulos le acompañaban; y mientras unos hablaban con él, otros se preguntaban:

— ¿Qué va á suceder? porque ya conocen estas palabras del mismo profeta,

«Vengo á ti, Sidón, para ser glorificado por todos; y tus moradores sabrán que yo soy el Señor.» Y caminaban próximos á las olas que se apresuraban á venir á besar los pies del Salvador, y el sol le formaba un nimbo luminoso con sus rayos, y toda la naturaleza entonaba con amoroso trasporte:

«¡Bendita sea la gloria de Dios!»

De repente, á la vuelta de un sendero que costeaba la orilla, apareció una mujer. Bajaba á través de las rocas del Líbano, cuya cadena viene á morir en pendiente pedregosa al borde del mar. No reparaba el sitio en donde posaba sus pies, ensangrentados por los cambrones y zarzales del camino, seguía la línea recta sin reparar en los arbustos y ramas que la servían de obstáculo: sus vestidos iban en desorden, algunos jirones de su velo habían quedado enganchados en las ramas de los tamarindos y de las encinas verdes que se cruzaban en su paso, porque estaba todo desgarrado.

Desde que percibió al Salvador, juntó las manos en actitud suplicante y le gritaba, apercibiéndose en su rostro un gran dolor:

— ¡Señor, hijo de David, tened compasión de mí!

Dicho esto, le faltó el aliento; tan temblorosa estaba y rendida. Y el Señor continuaba su camino sin reparar en esta mujer, cuyo traje la denunciaba como extranjera. Sí, era extranjera, idólatra, una cananea, la misma Silliah.

Discurría el Señor con sus discípulos y les comunicaba con su palabra celestial el alimento que nutre el alma, como el maná caído en el desierto había sustentado el cuerpo de sus padres.

Habiéndose repuesto un momento la extranjera, volvió á gritar:

— ¡Señor, hijo de David, tened compasión de mí! y añadió como para enterarle de su aflicción: Mi hija está terriblemente atormentada por el demonio.

Detúvose no pudiendo decir más, pero se había arrodillado delante del Señor, interrumpiéndole el paso, con los brazos extendidos en actitud suplicante.

Pero el Señor, compasivo siempre para todos, «no la respondió palabra,» y continuó marchando hasta el sitio donde había de pararse. Habiéndose levantado Silliah, le siguió repitiendo su petición y gritando tras él, sin cansarse: ¡Señor, hijo de David, tened compasión de mí!

En fin, próximo á entrar en la población y en la casa donde el Señor era esperado, acercándose á Él sus discípulos, le rogaron diciéndole:

— «Señor, acceded á su petición para que no deje, porque sus gritos la hacen importuna.»

Sabían que el Salvador se había evadido de la muchedumbre y no quería ser reconocido en los sitios donde al presente iba.

El Señor respondió:

— «Yo no he venido más que para las ovejas de Israel, que se han extraviado.» Y entro en la casa.

Pero Silliah entró detrás, y arrastrándose sobre sus rodillas, se acercó á Él en esta humilde postura, y adorándole exclamó de nuevo:

— ¡Señor, Señor, tened compasión de mí!

Y la voz de esta madre que rogaba por su hija, tenía no se sabe qué de irresistible, que hubiera conmovido hasta las piedras. ¡Oh, el corazón que ruega afligido desde sus más ocultos senos se deja oír, y si tiene confianza acabará por hacerse escuchar! No obstante, algunas veces quiere el Todopoderoso ser solicitado por largo tiempo. Parece que no nos oye, y nos rechaza... ¿Creyérase que se complace en nuestras súplicas y que nuestras ardientes plegarias le son agradables? ¡Oh, sí, sí, no nos descorazonemos!

— Señor, Señor, tened compasión de mí, mi hija está terriblemente atormentada por el demonio.

Y la cananea quedó posternada, con el alma agitada y el corazón palpitante.

Esta vez Jesús le respondió:

— Dejad á los niños hartarse, porque no es justo tomarles su pan para echárselo á los perros.

Esta respuesta pareció severa.

La palabra de Dios acababa de oírse, y todas las criaturas estaban absortas, y el alma de la cananea estremecida de alegría.

¡Oh, cuando Dios nos responde, cuando su divina palabra se deja escuchar, el gozo y la esperanza penetran en el corazón; porque la misericordia y bondad salen de su voz. Su palabra es paternal; porque él mismo ¿no nos ha dicho: «qué padre dará al hijo una piedra si le pide pan?»

Estas frases del Salvador, lejos de quitar la esperanza á esta madre desolada, hicieron correr por su corazón el bálsamo del consuelo; y ella que no se atrevía á adelantarse, enardeciéndose cada vez más, abrazó de repente los benditos pies del Salvador y dijo balbuciente, llena de esperanza y con una irresistible emoción:

— Verdad es, Señor; pero los cachorros pueden por lo menos recoger las migajas que caen de la mesa de los niños.

Fe, amor, esperanza y humildad contenían su plegaria. ¡Oh! si nosotros rogásemos así, ¿qué violencia no haríamos al cielo?

Respondiéndola Jesús le dijo:

— ¡Oh mujer, tu fe es grande! Por esto que acabáis de decir, que se haga como lo deseáis. Id; el demonio ha salido del cuerpo de vuestra hija.

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Silliah, y ésta exclamó:

— Dichosas y benditas sean las entrañas que os han concebido y los pechos que os han amamantado.

Y levantándose poseída de alegría y reconocimiento, corrió para tomar el camino de su casa. Estaba lejos, y Silliah no pudo llegar hasta la tarde. Al entrar vió á su hija apaciblemente tendida en su cama. Dormía, y su hermoso semblante había recobrado la calma.

Mériaiah estaba arrodillada en oración: al ver á Silliah exclamó:

— ¡Vuestra hija está sana!

— Ya lo sé, Él me lo ha dicho, respondió Silliah, y su palabra no puede faltar. Y Silliah dió cuenta á Mériaiah de las maravillas de este día. A su vez ésta dió lo que había pasado.

Tan pronto como llegó la tercera hora del día, vuestra hija, que se hallaba traspuesta, después de varias crisis violentas, dió de repente desaforados gritos. La voz que ya habéis escuchado dentro de ella decía: — ¿Cómo podremos competir con Jesús Nazareno? Viene, pues, á destruirnos; sé que sois, añadía ella, como hablando á un amo cuya presencia la subyugase, el Santo Dios. Os ruego no me atormentéis, obligándome á volver al fondo del abismo. Entonces vuestra hija fué atacada de espantosas convulsiones; el espíritu la agitaba y prorrumpía en grandes gritos; pero poco á poco éstos se debilitaron; las convulsiones disminuyeron, y Salomith se vió poseída de un sueño reparador y tranquilo, como la veis.

— Madre mía, madre mía, te soy devuelta, dijo cariñosamente Salomith, abriendo sus ojos, ahora

dulces y serenos; mi enfermedad y pecado han desaparecido. ¡Oh! bendito sea Aquel cuya poderosa palabra me ha rescatado.

— ¿Qué palabra? dijo Mériaiah, mientras que la madre contemplaba á su hija con un éxtasis de gozo.

— Bien lo he oído, prosiguió Salomith; estaba presente por el espíritu que habitaba en mí, cuando Aquel á quien llamaba el Santo de Dios, ha pronunciado estas divinas palabras: ¡Oh mujer, tu fe es grande! Por esto que acabas de decir, que se haga como lo deseas.

— ¿Tú has oído estas palabras?

— Sí, dijo Salomith, en cuyo momento el demonio que me asediaba ha sido vencido, y exhalando sus últimos gritos me ha dejado: y me he visto libre de mi enfermedad y pecado.

— ¿Por qué dices tú de mi enfermedad y pecado?

La joven bajó la vista; algunas lágrimas corrieron por sus mejillas.

— Yo había murmurado contra los decretos del cielo cuando vi helado por la muerte al que amaba. He acusado al Eterno, que no conocía, porque un mortal había muerto. Roguemos, madre mía, para que la pena no me extravíe; ¡desdichada! ¿Quién puede recibir una presión en su corazón sin desesperarse, si Aquel que le aflige no le conforta?

Arrodilláronse las tres mujeres, y oraron por largo tiempo: La una rogaba al Dios de Israel y de sus padres; el Eterno, el Criador Todopoderoso del cielo y de la tierra, Jehová, el Dios tres veces santo. Otra invocaba al Verbo Encarnado, que venía á salvar el mundo, á Aquel cuya palabra adorable acababa de devolverle su hija; y Salomith, en medio de las tinieblas de su ignorancia, y que la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo comenzaba á disipar, invocaba al espíritu de luz, de amor y de todos los dones perfectos para que la enseñase á conocer y servir á su Criador. Y la Trinidad divina así implorada, esparcía la plenitud de sus gracias sobre estas mujeres unidas por la buena voluntad.

Y una voz del espacio, ¿sería la de un ángel, la de la brisa ó la de las ondas que el viento de la tarde agitaba? pronunció las admirables palabras que la Iglesia dice, para los que lloran sobre las sepulturas.

— No lloremos por nuestros difuntos, como los que no tienen esperanza.

— No, no, dijo Salomith con santa emoción. No lloremos como los que no tienen esperanza. Más allá del sepulcro renace la vida. Nos veremos, Zacarías, Bendito sea el Dios de vida, en el tiempo y en la eternidad. Ha hecho nuestra alma para conocerle, nuestro corazón para amarlo, y este flaco cuerpo, débil desde el pecado, para sufrir y fenecer, resucitando después purificado. Bendito sea, bendito sea, puesto que en la muerte hallaremos la vida. Zacarías, tú me has precedido, nosotros nos veremos, porque los días del hombre son cortos sobre la tierra.

ANA MARÍA.

SONETOS

EUROPA Y LOS EUROPEOS

Cacarea el francés su orgullo vano,
Llénanse los ingleses de dinero,
Conquistas busca el alemán guerrero,
Recuerda su grandeza el italiano,
Marcha el austriaco hacia el Oriente ufano,
Codicia al turco el ruso cancerbero,
Vive el práctico suizo del viajero,
Progresas el belga en el trabajo humano,
Recorre el holandés el mar gigante,
Explota el sueco audaz su selva helada,
Cuida el lapón de su ganado errante,
Llora el griego su Atenas y su Iliada,
Y sin cuidados, ante el sol brillante,
Pasea el español y no hace nada.

EL RELOJ

De antiguo monasterio en la alta torre
Suenas el reloj sus horas lentamente,
Y el eco al repetirlas diligente
Del llano al monte por el campo corre;
Su grato són la soledad recorre,
Consuelo de ermitaño penitente,
Y al caminante de su patria ausente
Brindando abrigo su orfandad socorre;
Hoy, mañana, después, siempre sonando
Fatalmente el reloj las mismas horas,
Y el hombre en tanto sin cesar pasando.
Y tú, mortal dichoso, que atesoras
Riquezas y poder, oye temblando
Cómo el reloj te arranca lo que adoras.

A. DEL VALLE Y SERRANO.

1 Ezequiel, III, 12.

2 Ezequiel, XXVII.

3 San Mateo, XV-22.

1 S. Marcos, XXIII-24.

LA RAMA DE CORAL

NOVELA HISTÓRICA DE ENRIQUE DE CAUVAIN

XIV

Un espectáculo inesperado llamaba su atención. De pronto, al volver una roca, como si el telón de un teatro gigantesco se hubiese levantado delante de ella, María Ana había visto desaparecer la cintura de rocas y el espléndido panorama de la alta mar se extendía bajo sus miradas. Esta aparición imprevista había arrancado á la joven una exclamación de sorpresa y había penetrado á Joël de un gozo inefable. ¡Recogía al fin el fruto de tres años de pesquisas animosas y pacientes!

El barco se encontraba en un ancho pasaje, en el que la mar era trasparente como un espejo y de un azul muy oscuro.

En lontananza se extendía el extremo horizonte, cuyos tintes vaporosos se confundían con el claro azul del firmamento.

María Ana se volvió con viveza hacia el joven pescador, le tomó las manos y le dijo con acento conmovido:

— Comprendo, Joël... En fin, lo comprendo. ¡Hé aquí el magnífico tesoro que habéis encontrado! ¡Habéis descubierto un canal en medio del Campo de Piedras!

— Sí, María Ana — respondió el joven, sus ojos brillaban de felicidad. — ¡Este canal que mi pobre padre ha buscado tanto tiempo en vano, lo he encontrado yo! ¡Cuántas horas he pasado en estas rocas, probando todos los pasajes, todas las corrientes, con el mar á cada golpe de remo, muchas veces desanimado, pero muchas más lleno de nueva esperanza, y siempre confiando en Dios! Hasta ayer no he recorrido el canal en toda su extensión. Ahora, conozco perfectamente el camino, y he puesto un nombre á todas estas rocas... María Ana, sois vos la única persona que sabe mi secreto, vos también sois la primera que ha atravesado este canal. He querido que fuese así. ¿Estáis satisfecha, no es verdad? ¡Ah! ¡mi corazón rebosa de gozo!... Siento que mis ojos se arrasan de lágrimas... Vos misma lo habéis dicho, María Ana, el canal es bastante ancho para las grandes embarcaciones. También os aseguro que es bastante profundo. He medido cada sitio con la sonda, y después el mar aquí es siempre suave, las rocas amenguan las olas y paran la fuerza del viento. Ayer, ¿os acordáis que el tiempo era muy malo? Y bien, mi barco no se movía más que cuando está en la arena de la orilla. ¡Ah! ¡María Ana, ya no habrá más naufragios en nuestras costas! ¡Dios no quiere, por eso me ha hecho descubrir este canal! Iré, cuando haya temporal, á buscar los navíos en alta mar con mi barco, y cuando hayan entrado en este canal, encontrarán un abrigo tan seguro como el del puerto de Brest. ¿Veis allí abajo el Terrible? — continuó extendiendo el brazo, como si hubiera amenazado con el puño á su enemigo más mortal. — ¡Ya no os dará miedo, no destrozará nuestros barcos!

Joël había pronunciado estas palabras con voz entrecortada, jadeante. Brillaba el gozo del triunfo en su hermosa mirada; estaba como transfigurado por la felicidad. Perseo, después de haber libertado á Andrómaca; Teseo, después de haber hecho rodar á sus pies la cabeza del Minotauro, no debieron sentir una emoción más noble que aquella que llenó el alma de aquel humilde pescador en aquel momento. ¿No acababa, en efecto, á fuerza de paciencia, de valor y de inteligencia, de derribar la temible hidra que todos los años devoraba á los pobres marineros de Plouisic y á los marineros forasteros que la tempestad empujaba sobre estos terribles escollos?

Y después, junto á un gozo tan brillante, ¡qué felicidad íntima y delicada hacía latir el corazón de Joël, cuando, fijando su mirada sobre su joven compañera, el joven pescador pensaba que ella sola en el mundo conocía su triunfo y que participaba con él de las primeras delicias!

El entusiasmo de su joven amigo lo sintió también muy pronto María Ana.

Contempló un momento la alta mar, después se volvió para apreciar la distancia que habían recorrido, y comprendió cuántos esfuerzos habría costado á Joël el descubrir este canal, cuyos numerosos laberintos se perdían, se confundían entre medio de las rocas.

— ¡Volvamos pronto, al pueblo! — exclamó — Quiero que delante de mí anunciéis esta gran noticia á todos los pescadores.

Joël volvió el timón sonriéndose. El barco se inclinó á la izquierda y se adelantó con velas desplegadas hacia la roca Terrible.

La joven hizo una demostración de temor.

— ¿Qué hacéis, Joël? — dijo palideciendo. — Os suplico que volvamos á Plouisic.

— Vais á ver, María Ana — respondió el joven pescador con tranquilidad — cómo se puede dar la vuelta al escollo.

Cuando se acercaron al Terrible, María Ana midió aterrada con la vista estas altas murallas de granito negro, al rededor de las cuales se agitaba un ancho cinturón de espuma.

— Mirad — continuó Joël — hé aquí el camino que se debe seguir para huir de la roca. ¿Veis, cómo á algunos metros de nosotros, á la derecha, el mar se pone más oscuro? Es el principio del canal. Hay cerca del Terrible tres corrientes muy rápidas. Una conduce al paso; las otras dos llevan derechas al escollo. Para orientarse y distinguir la corriente favorable, basta avanzarse un poco en alta mar y volver la parte de detrás del navío en la dirección del campanario de Négastel. Si se viene directamente á lo ancho, está uno perdido.

Joël hizo volver de nuevo su barco. Aunque el viento era contrario, la violencia de la corriente era tan fuerte, que pasaron con la rapidez de la flecha delante del Terrible, y se encontraron en pocos momentos á la entrada del canal.

— ¿Pero cómo es — preguntó María Ana maravillada — que los pescadores no han encontrado nunca esta corriente?

— Es porque no se han atrevido nunca á acercarse al Terrible — dijo Joël sencillamente.

— ¡Oh! tenéis razón al decir que vuestro descubrimiento era mil veces más hermoso que el de Marguen-Lo! ¡Qué feliz voy á ser al anunciárselo á mi padre!

— Yo iré también á anunciárselo, María Ana — dijo Joël después de un momento de silencio, y poniéndose muy colorado. — Iré á pedirle mi recompensa...

— ¿Vuestra recompensa, Joël? — replicó la joven, que trató de fingir admiración y bajó los ojos para que no se viese la emoción que sentía. — ¿Qué queréis decir?

— María Ana — replicó el joven pescador fijando en ella una mirada en la que se leía una ternura inefable. — Acabáis de decir que nunca querréis ser la esposa de Marguen-Lo. ¿Consentiréis en ser la mía?

María Ana, emocionada con esta franca declaración, se sonrojó y no respondió.

— ¡Oh! sé muy bien — continuó Joël animado con el silencio de la joven, sé que nos separa una gran distancia, y que soy muy poco digno de semejante dicha! ¡Pero os amo tanto, María Ana! Os amo desde el primer día en que os he visto, hace dos años, lo recordáis?... No he querido hablaros de esto hasta ahora. No era más que un pobre pescador, no teniendo otra fortuna que mis redes y... mi esperanza. Pero ahora voy á ser piloto; mi secreto me hará rico. ¡Oh! sí deseo serlo, María Ana, y no como sospecháis, por amor al dinero. Respondedme, os lo ruego. Si consentís, decídmelo; si no, volved la cabeza, os comprenderé, y os juro, María Ana, que nunca os volveré á hablar sobre esto...

Una sonrisa se dejó ver en los rosados labios de la joven, y sonrojándose, inclinó su bonita cabeza como la flor que se inclina sobre su tallo.

Esta fué la respuesta.

— Estos son nuestros esponsales, dijo Joël.

— ¡Y nos acordaremos toda nuestra vida de que los hemos hecho al pie del Terrible, replicó la joven levantando hacia su amigo sus hermosos ojos, brillando de gozo y de orgullo!

XV

Mientras que estos dos niños empeñaban de este modo su fe con la sinceridad de su alma tan sencilla y tan candida, Marguen-Lo salía de la casita de las persianas verdes, encantado con la conversación que acababa de tener con el viejo Lefloch.

Después de un largo preámbulo, le había declarado su amor por María Ana y le había pedido en toda regla la mano de su hija.

El anciano le había escuchado con marcada satisfacción, porque se lisonjaba secretamente al ver pedida á su hija tan joven por el muchacho más rico del pueblo.

Marguen-Lo le había hecho una minuciosa descripción de todos sus bienes. Su casa era de él; estaba frecuentada, sacaba un gran beneficio de su contrabando; en fin, poseía la famosa rama de coral, cuyo valor lo confesó muy de quedo al anciano piloto, podía estimarse aproximadamente en mil escudos.

Lefloch, encantado por este brillante inventario, prometió al joven que daría parte á María Ana de su petición y la apoyaría con todas sus fuerzas. Se separaron muy contentos el uno del otro. El anciano, que era vanidoso, y tenía por el dinero tanta consi-

deración, no dudaba que su hija sería muy feliz con Marguen-Lo.

— No le rehusará nunca nada, pensaba él.

Esta frase resumía muy bien la idea que tenía el buen hombre del amor y del casamiento.

Durante esta larga conversación, el astuto Marguen-Lo no había descuidado hablar de Joël al infeliz Lefloch. Con un tono almibarado y lleno de bondad, había llamado la atención del antiguo piloto sobre los frecuentes paseos del joven pescador y de María Ana. Le había hecho ver que María Ana no era ya una niña, esta conducta pudiera hacer hablar á muchas lenguas en el pueblo y tal vez la culparían. En una palabra, había jugado tan bien la partida, que desde este momento los sentimientos de Lefloch por Joël se cambiaron totalmente.

No consideraba ya al joven pescador como un buen muchacho sencillo é inofensivo, sino como un peligroso seductor, que se había introducido en su casa, atraído por los ojos de su hija y por su dinero.

Por eso, cuando María Ana llegó á casa de su padre y vino á abrazarle, palpitando de gozo, notó muy pronto con gran pena el cambio que se había verificado en el corazón del anciano.

Le dijo sin apenas abrazarla y con un tono muy seco:

— ¿De dónde vienes?

— Lo sabéis muy bien, padre, vengo de dar un paseo en el mar con Joël.

— ¡Joël, siempre Joël! — murmuró el viejo marinero moviéndose en su sillón y evitando el mirar á su hija. — ¿Tú crees que podrás salir siempre con ese muchacho, pasar con él dos horas fuera, y que no se hablará de esto en el pueblo?

María Ana fijó su límpida mirada sobre el anciano piloto. La frente candida de la pobre niña se cubrió de un ligero rubor.

— No me esperaba este reproche, padre mío, porque vos mismo me habíais permitido...

— ¡Eh! ¡yo te había permitido dar un paseo corto, sea! pero quedarse dos horas fuera de casa, es esto razonable? ¡Harías mejor en acompañar á tu viejo padre, que en correr de ese modo con un joven!

Este grosero reproche no podía alcanzar el alma tan pura de María Ana. Respondió con gran tranquilidad:

— Pero á usted le acompañaba Marguen-Lo, y he creído seros agradable dejándoos hablar con él con toda comodidad.

El mejor modo de desarmar la cólera es el responder con dulzura á sus violencias.

Así quedó desarmada la cólera del anciano Lefloch, que se confesó por lo bajo vencido en este punto y pensó que debía batirse en retirada, ó cambiar con prudencia de táctica.

Se agitó de nuevo en su sillón, tosió, volvió á toser y se rascó la cabeza para encontrar un medio hábil de entrar en materia. En toda otra circunstancia los esfuerzos del buen viejo, para parecer enfadado contra su hija querida, hubiesen hecho sonreír á María Ana. Pero en este momento se apoderaba de ella una secreta inquietud; adivinaba bajo todo esto la pérdida mano de Marguen-Lo. Casi se arrepentía de haber salido: tal vez su presencia hubiera impedido esa fatal conversación. Una tempestad estaba suspendida sobre Joël, y tal vez una chispa la haría estallar muy pronto. Pero en el fondo de su alma, María Ana juraba ser fiel al pobre huérfano y no abandonar su causa, que se encontraba en este momento tan íntimamente ligada con la suya. — Le he dado mi corazón, pensaba la valerosa niña, no debo abandonarle en este momento de peligro.

«Vamos, siéntate aquí, dijo el viejo piloto con un tono dulcificado de pronto, y hablemos.»

María Ana tomó un asiento frente al de su padre, al otro lado de la mesa. El anciano continuó:

«Tengo que hablarte de cosas graves.»

Has llegado á una edad que no eres ya una niña. Por mi parte, me hago viejo, y siento que esta demoniada gota me sube por las piernas. Es muy posible que muy pronto tome el camino del cementerio. Te quedarás sola en el mundo, sin protector, sin sostén, porque tu tía también es muy vieja, y puede el día menos pensado irse, como yo, al otro barrio. ¿Has pensado alguna vez en esto?

No, ¿no es así? la juventud no tiene estas ideas en la cabeza, pero yo he pensado en esto por tí, quiero asegurar tu porvenir...

María Ana, quiero casarte.»

La joven esperaba esta conclusión; por eso la resolución que su padre le significaba tan bruscamente no le causó ninguna sorpresa. El viejo piloto reparó la tranquilidad casi indiferente con la que María Ana recibió tan grave confidencia; pero no comprendió el verdadero motivo de ella.

— ¡Y bien! dijo, ¿no me respondes? ¡Vamos! veo que me había engañado y que estas cosas han pasado ya por tu cabeza. ¡Estas jóvenes! De modo que no sientes ninguna repugnancia al casamiento.

— Ninguna, padre mío, respondió sencillamente María Ana.

— ¡Perfectamente! exclamó el anciano muy contento, al ver que todo parecía marchar según sus deseos. Y ya que el casamiento no te asusta, querida niña, continuó dando á su ruda voz las inflexiones más suaves, yo mismo quiero escogerte un marido.

— ¿Me escogerá usted marido? dijo María Ana acentuando las palabras de su padre.

— Sí, respondió Lefloch, y también debo prevenirte que casi tengo hecha mi elección. He pensado en un buen muchacho que tú conoces un poco, que te ama con todo su corazón y que hoy mismo ha venido á pedirme tu mano...

— Marguen-Lo.

— Justamente. ¡Cómo adivina la pizarra! Parece que tu pensamiento no está muy alejado de él. Sabes que debes darte por muy feliz, María Ana; el muchacho más guapo del pueblo, y también rico. ¿No estás lisonjeada de que te ame y que muy pronto seas su mujer? ¿Qué dices de esto?

— Digo, padre mío, respondió María Ana palideciendo un poco y fijando sobre el anciano piloto una mirada serena, digo que no me casaré nunca con Marguen-Lo.

Si hubiera caído un rayo á los pies de Hervión Lefloch, no se hubiera quedado más atónito. Hubo un momento de profundo silencio. En fin, el anciano movió la cabeza, se cubrió con su capisayo, y dijo levantando los hombros:

— Estás loca, María Ana. ¿Qué le puedes reprochar á este joven? Sé que malas lenguas han hecho circular otras veces ciertas hablillas de él; pero no hay que creer nada de eso. Yo le conozco; no es malo; algo ligero tal vez. Pero ¿quién no lo es á su edad? Estoy seguro que te hará muy feliz.

Esta limitada moral no pudo satisfacer á Ana María.

— Me habéis comprendido mal, padre mío — dijo ella. — Si yo rehusó casarme con Marguen-Lo, no es por el mal que hayan podido decir de él, y que yo ignoro, sino porque estoy comprometida con otro.

El anciano Hervión se estremeció en su sillón. María Ana respondió después de titubear un poco: — He prometido á Joël ser su mujer.

El anciano se enderezó bruscamente, dando un grito medio de cólera, medio del dolor que le había causado este rápido movimiento. Apoyó sus dos puños cerrados sobre la mesa; se encandilaron sus pequeños ojos grises, y con voz sorda y entrecortada:

— ¡Desgraciada! — exclamó. — ¡Ah! debería haberlo previsto, adivinarlo... ¡El miserable!... ¡Ah! ¡Marguen-Lo me ha dicho la verdad!...

Estos golpes repetidos eran demasiado rudos para el delicado corazón de María Ana. El contraste de la viva felicidad que había tenido hacía algunos instantes y el dolor que caía tan súbitamente sobre ella en este momento quebrantó sus fuerzas.

La abandonó su valor; escondió su rostro entre las manos y se deshizo en llanto.

Sus lágrimas, las primeras que su padre le había hecho derramar, no parecieron que hacían ninguna impresión en el marinero. Era presa de uno de esos accesos de terrible cólera que en las naturalezas vulgares son algunas veces de una violencia extrema. Juraba, golpeaba la mesa, profería amenazas incoherentes, parecía que había perdido la razón. Una nube se había extendido sobre sus ojos.

— ¡Vete, vete! exclamó indicándole la puerta con un gesto enérgico, te voy á matar... Sube á tu cuarto... Te prohibo que salgas de él!

María Ana huyó llorando. Desde su cuartito oyó aún por largo rato después, los gritos de rabia que daba su desgraciado padre y el ruido de los muebles que rompía.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

Curso de Historia natural, Fisiología e Higiene, según los principios de Santo Tomás de Aquino, por el P. R. MARTÍNEZ VIGIL, de la Orden de Predicadores, Catedrático que fué de esta asignatura en la Real y pontificia Universidad de Manila, etc., etc. Un volumen en 4.º de 562 páginas con muchos grabados. — Madrid, 1883.

Hace años que sabíamos que el docto P. Martínez Vigil se ocupaba en escribir esta obra, para la cual no escaseaba diligencia ni fatiga, y de la que debía esperarse mucho por el talento del autor, su autoridad en la materia, su incansable laboriosidad

y sus relevantes dotes de escritor fácil, elegante y castizo.

El libro ha superado las esperanzas que en él fundaban los doctos, pues ciertamente la crítica sabia ha recibido con gratitud y sinceras alabanzas una obra tan erudita, de doctrinas tan ortodoxas en un terreno tan maliciado por la mala semilla del materialismo, de tanta claridad en la exposición, de tanta novedad en el plan y de tan preciso, claro y elegante estilo, que rara vez acompaña á libros de esta clase.

El P. Martínez Vigil ha dividido su *Curso en lecciones*; la primera trata de Preliminares, y desde la segunda hasta la 37 inclusive se halla comprendida la *Zoología*, la cual se divide á su vez en *Organografía* y *Fisiología* y *Zoografía*. Comienza en la lección 38 la *Botánica*, que se divide en *Organografía*, *Fisiología vegetal*, *Taxonomía* y *Fitografía*. En la lección 50 empieza la *Mineralogía*, que se extiende hasta la 60, donde da principio la *Geología*, dividida en *Geognosia* y *Geogenia*. Desde la lección 72 hasta la 80, que es la última, está encerrada la *Higiene*, última parte de este trabajo, en el que no hay página que huelgue, hallándose además empedrada de grabados que ilustran con suma gravedad el texto, de suyo claro y metódico.

Ahora vamos á copiar aquí el prólogo del autor, porque es interesantísimo y expone, mejor que pudiera hacerlo nuestra torpe pluma, el pensamiento de esta preciosa obra, honra de la religión dominicana y de las letras patrias. Dice así: «Nuestra intención, al tratar estas cuestiones de ciencias naturales, es la de prestar un servicio, en cuanto nos sea posible, á los religiosos de nuestra Orden. Hace años que nos piden un libro sobre los fenómenos de la naturaleza, que pueda servirles de curso completo de ciencias naturales, y guiarles para comprender las obras de Aristóteles; y aunque nos hayamos sentido incapaz para llevar á cabo felizmente semejante empresa, no hemos querido resistir á sus apremiantes súplicas; y, vencido por ellas, hemos acometido el trabajo. Lo dirigimos principalmente á gloria de Dios Todopoderoso, fuente de la sabiduría, creador, conservador y Rey de la naturaleza, y además al aprovechamiento de los religiosos, quienes podrán, si gustan, adquirir en este libro los conocimientos naturales más indispensables.»

«Así se explicaba á mediados del siglo XIII el maestro de Santo Tomás de Aquino, el incomparable Alberto Magno, al dar razón de sus libros de *Física*. Sus palabras tienen aplicación exacta en nuestros días, en los cuales las obras de Historia natural, cuando no son hostiles á la Religión, abundan en falsos conceptos filosóficos, de difícil conciliación con las aplicaciones de nuestros dogmas.

«En un antiguo capítulo general de nuestra Orden se inculca á los religiosos la necesidad de los conocimientos naturales, diciéndoles: «El estudio de las artes liberales y de las ciencias encierra grandes ventajas para la cristiandad, y es útil para la defensa de la fe, atacada, no solamente por los paganos y herejes, sino aun por los filósofos.» Y el venerable Humberto de Romanos, quinto General de la misma Orden, añade: «El estudio de las ciencias es indispensable para la defensa de la fe, precisamente porque los paganos se valen de esos conocimientos para combatirla. Es además necesario para la inteligencia de la Escritura, en la cual hay muchos pasajes incomprensibles sin el auxilio de este estudio; y realza por fin la reputación de la Orden, porque el mundo menosprecia á los religiosos ignorantes.» Al ocuparnos, pues, en la redacción de este *Curso*, hemos permanecido dentro de las tradiciones y de la vocación de una Orden religiosa que se gloria de contar entre sus hijos á Santo Tomás de Aquino, á Alberto Magno, á Vicente de Beauvais y á Tomás de Champré, ilustres expositores de las obras de la naturaleza.

«Siguiendo de lejos á estos astros luminosos, hemos procurado levantar el velo que cubre las riquezas de nuestro suelo, tanto en la Península como en nuestras provincias de Ultramar; extendernos algo más de lo que es costumbre en la explicación de los orígenes de la tierra, manifestando la concordancia que resulta de las conquistas de la ciencia, y hasta de las hipótesis racionales, con el relato inspirado de Moisés; aplicar las prescripciones higiénicas á los habitantes de los países cálidos, donde viven tantos de nuestros compatriotas, é informar toda la serie de conocimientos naturales con los principios de Santo Tomás de Aquino, patrono universal de las escuelas católicas, para corresponder, en calidad de hijo sumiso de la Iglesia, al llamamiento del gran Pontífice León XIII.»

¿Qué más hemos de añadir nosotros en elogio de un libro que apenas publicado está á punto de agotarse? Sólo nos resta felicitar cordialmente á su autor por el feliz éxito de tan importante trabajo,

honra, como dijimos antes, de la Orden de Predicadores y de las letras patrias.

La obra se vende á 40 reales, encuadernada en tela, en las principales librerías, y á los libreros que la tomen al contado en la calle de la Pasión, número 15, se les rebaja el 25 por 100.

La Biblioteca de la Revista Agustiniense se ha enriquecido con un nuevo volumen, con el estudio premiado con medalla de plata en el Certamen tereiano de Salamanca, intitulado *Analogías entre San Agustín y Santa Teresa*, escrito por el P. Fr. Tomás Rodríguez, agustino del Colegio de la Vid.

Forma este precioso trabajo un volumen en 8.º de 317 páginas, divididas en catorce capítulos, en los cuales se estudian estas analogías entre las facultades morales é intelectuales de ambos gloriosos Santos, entre el espíritu que los animaba, y entre las manifestaciones de éste, así en los actos de su vida pública y privada, como en las leyes que para el buen régimen de sus respectivos hijos escribieron. El estudio reúne la novedad del tema á la más exquisita delicadeza en desenvolverlo, tratando de las sublimes virtudes de estos grandes Santos, con una dulzura, un respeto y una veneración que edifican y encantan.

El P. Rodríguez es, á juzgar por esta obra, un escritor fácil, elegante y castizo, y lo que vale más que esto, un escritor profundamente cristiano, al modo de nuestros grandes maestros los incomparables místicos españoles.

Con el título de *Enciclopedia Católica* se ha fundado en esta Corte una Biblioteca que publicará obras antiguas y modernas, «redactadas con estricta sujeción á los dogmas de nuestra Religión sacrosanta, sobre los diversos ramos de la ciencia.»

«Para luchar hoy, dicen los editores, con los enemigos de la Religión de Jesucristo, no basta, como creen muchos, haber estudiado con provecho las obras antiguas, aunque sean tan excelentes, tan admirables como son todas las de los Padres de la Iglesia y de los grandes escritores católicos de las pasadas centurias. Los que tal pretenden olvidar que, desde mediados del siglo pasado, llevaron nuestros adversarios á un nuevo terreno la batalla, y pretendieron alcanzar el ansiado triunfo al amparo del método experimental en el campo de las ciencias naturales. Y aunque, vencidos en todas las cuestiones por ellos mismos planteadas, empiezan á pronunciarse en retirada, preciso es que estemos prevenidos para rechazar ataque con ataque, armados con todos los elementos de la ciencia moderna, ya que no puede concebirse un apologista católico que no conozca todos y cada uno de los elementos de esta lucha y que ignore las condiciones del terreno en que el enemigo la sostiene.»

Las obras que anuncia esta Biblioteca son las siguientes: *Demostración cristiana*, por Hettinger, 4 tomos; *Los Dogmas del Cristianismo*, por el mismo autor, 4 tomos; *La Iglesia Católica*, por el mismo, 4 tomos; *Catecismo antiliberal*, por el P. F. T. Arribas, un tomo; *La Historia Natural y la Biblia*, por C. Güttler, 2 tomos; *El Santo Sacrificio de la Misa*, por el Dr. Niegih, 2 tomos; *Gramática comparada de las lenguas romanas*, de Fed. Díez, arreglada por el Sr. G. Ayuso. Cada tomo costará una peseta en rústica.

Como complemento de propaganda católica, publicará opúsculos, folletos y hojas sueltas. De esta serie se ha publicado una preciosa novena á los *Dolores de María Santísima*, con meditaciones, 142 páginas en folio menor: cuesta 2 reales.

Librería de la *Enciclopedia Católica*, Desengaño, 20, Madrid.

La Biblioteca da *La Galicia Católica*, ha publicado un interesantísimo folleto del sabio canónigo de Santiago, D. Antonio López Ferreiro, que lleva por título *Las tradiciones populares acerca del sepulcro del Apóstol Santiago*.

Hé aquí las principales cuestiones que trata: Algunas reflexiones sobre la conveniencia y oportunidad de la manifestación del sepulcro de Santiago; Tradiciones populares; Incorruptibilidad del cuerpo de Santiago; El cenotafio del altar mayor; La capilla subterránea; De la cripta en que se suponía deber hallarse el sepulcro; De los muros de Gelmírez y de los subterráneos de la Basílica; De la losa del Deambulatorio; De la cabeza del Apóstol; Del antiguo pavimento de la capilla mayor y del verdadero sitio del antiguo coro. Por último van dos apén-

lices: I De las sepulturas de los Prelados de Santiago; II Resumen de la vida de Santiago.

Todas las cuestiones que se contienen en los referidos epígrafes son tratados por el Sr. López Ferreiro con gran erudición, adelgazada crítica y correcto lenguaje.

También hemos recibido un libro que se relaciona con el anterior; titúlase: *Monumentos antiguos de la iglesia compostelana*, por los Sres. López Ferreiro y P. Fidel Fita. Es un volumen en 4.º, de 188 páginas, que contiene varios interesantísimos artículos de ambos autores, sobre documentos del Archivo de Santiago. Hé aquí el índice:

- I. Restauración de la canónica Iria, por el Arzobispo D. Diego Gelmírez. — Sres. Ferreiro y Fita.
- II. Iglesias que pertenecían a la Sede iriense antes del año 831. — A. L. F. — F. F.
- III. Actas inéditas de siete Concilios españoles. — Parte II, Fuentes. — F. F.
- IV. Tumbo. — A. — F. F.
- V. Obispos santos, sepultados en la iglesia de Iria. — A. L. F. — F. F.
- VI. El Códice de Calixto II. — F. F.
- VII. Viaje arqueológico. — A. L. F. — F. F.
- VIII. Solemnidad de la Inmaculada Concepción. — F. F.
- IX. Rezo antiguo de la Inmaculada Concepción. — F. F.
- X. Solemnidad, Misa y rezo de la Concepción o santificación de la Virgen Nuestra Señora, desde el año 1330. — F. F.
- XI. En que prosigue la materia anterior. — F. F.
- XII. En que se termina la materia anterior. — F. F.
- XIII. Restauración del Oficio compostelano, mediante los de Toledo, León, Badajoz y Braga. — F. F.
- XIV. Oficio (inédito) de la Virgen, que a ruegos de Don Alfonso el Sabio, compuso Gil de Zamora. — F. F.

Creemos que el índice y el nombre de los autores son el mayor elogio de este libro, lleno de erudición, de novedades y de crítica histórica.

LOS MONTGOLFIER

DESCUBRIMIENTO DE LOS GLOBOS AEREOSTÁTICOS.



CABEZA sin sesos, rapaz desnaturalizado, genio intratable, díscolo, un tanto solapado, indómito, que hace desesperar a su respetable padre, el más querido y acreditado de los fabricantes del país, y causa la constante zozobra para su pobre madre...

— ¿No es así, buena Duret?

— Indudablemente, señorita Ana Duret, la señora Petra Montgolfier es una bonísima persona, bendecida por todos los trabajadores de la fábrica de Vidalón y por todos los pobres de Davezieuse y de Annonay.

— Sus demás hijos sólo les dan satisfacciones; y todo marcharía a las mil maravillas en su hospitalaria casa, a no ser por ese desdichado chicuelo José. La cuadrilla de la Santa Hermandad le sigue la pista; el Sr. Montgolfier le manda buscar por todas partes y no se sabe qué ha sido de él.

— ¡Qué desdicha tan grande es tener un hijo semejante para gentes tan honradas!

Criados y vecinos, jornaleros y parroquianos, amigos y conocidos de la numerosa familia de Montgolfier, que nunca escasean las alabanzas para todos y cada uno de sus individuos, tomaban mucha parte en sus disgustos.

José Miguel, que entonces contaba de doce a trece años de edad, acababa de fugarse del colegio de Tournón, del que era el peor de los discípulos: holgazán, extravagante, — no precisamente malvado, sino afable y hasta tímido, — pero rebelde a la disciplina. En vano se le castigaba, pues el castigo no hacía ninguna mella en él; pero en vez de estudiar sus lecciones, ¿en qué pensaba? De vez en cuando decía cosas increíbles, y sólo hablaba de invenciones del otro mundo.

— No es, por ejemplo, un idiota; — sus compañeros de colegio os dirán que tiene ideas a borbotones, y a pesar de su reconocida timidez nada como un pez, y a fines del mes de Agosto anterior, salvó a dos de sus condiscípulos que iban ahogarse.

— ¿Pero dónde se encuentra ahora?

Considerando insoportables las leyes de la ortografía y los estudios clásicos, escapóse José para ir a mantenerse de mariscos por la orilla del mar, y a fin de librarse de toda persecución, atravesando

campos habíase dirigido hacia el Mediodía. Al ponerse el sol tendíase a la bartola bajo cualquier árbol, y al apuntar el alba se orientaba y proseguía su camino.

Si encontraba algún río ó corriente de agua, la atravesaba a nado; fuerte y robusto, comiendo apenas, iba conservando sus pocos cuartos; pero mucho antes de que hubiese distinguido el Mediterráneo, obligóle el hambre a modificar sus proyectos: no renunciaba precisamente a ellos, pero la cuestión principal consistía ante todo en poder ganar algún dinero para continuar su camino. Una vez ya en las felices costas en que no hay más que bajarse para comer ostras, almejas y pechinas, se refugiaría en una cavidad de las rocas, y no se quebraría ya la cabeza con las cincuenta y tantas maneras diferentes de escribir la misma sílaba, ni en aprender a Cornelio Nepote.

En las campañas del bajo Languedoc, donde se encontraba, se cosechaban entonces las hojas del moral y decidióse a ofrecer sus servicios a un cultivador, hombre templado que en el traje y maneras del rapaz penetró en parte la verdad y no atendió a nada más que a utilizar sus servicios, y entretanto le daba casa y comida; pero como no dejase de interrogarle, el estudiante aventurero, de naturaleza franco y recto, incapaz de mentir, y no habiendo ocultado su nombre ni el de sus padres, pronto fué devuelto a su familia.

Pedro Montgolfier, su padre, no le recibió precisamente como al hijo pródigo de la Sagrada Escritura; reprendióle magistralmente, y dándole una lección más severa todavía le manifestó que en las orillas del Mediterráneo, menos aun que en las de la Cance ó de la Deome, no se cogen truchas a bragas enjutas, es decir, no se encuentran mariscos expuestos allí por capricho de los ribereños.

— Nada, amiguito, se consigue sin trabajo, nada sin estudio ni aprendizaje. Las gentes de nuestro litoral viven, sobre todo, del producto de sus pescas.

Tan confuso como puede imaginarse formó José desde entonces el propósito de aprender a pescar, y cumplió su palabra.

Su madre alcanzóle el perdón; fué puesto en el colegio de Annonay, lo mismo que tres de sus hermanos, y pasó por el gran dolor de habérselas de nuevo con la ortografía francesa, con Cornelio Nepote, Quinto Curcio ó Cicerón. Hasta entonces no se había aficionado a ningún linaje de estudio.

Cosa extraña, y que, no obstante, ha durado hasta nuestros días en ciertos establecimientos de enseñanza, los primeros elementos de la aritmética no se enseñaban antes de las clases de humanidades ó aun de filosofía.

Cierta día de aventura, topó José con un vendedor de libros que le presentó un *Tratado de aritmética*; ábrelo, recorre ávidamente sus primeras páginas, y entusiasmado con su lectura, le ofrece temblando el contenido de su pequeña bolsa. Indudablemente realizó el amable vendedor un gran negocio comercial con esta venta; pero ebrio de júbilo José hizo dueño del interesante tratado. ¡Oh, ventura! ¡Con qué ansia lo devoró, y después cómo se dedicó a reflexionar sobre él, con gran detrimento de Restaut ó de Wailly, de Salustio, de Virgilio y de Horacio! En cambio, penetrado de los elementos indispensables, vióse pronto en disposición de formarse un método de cálculo, absolutamente suyo, enteramente intelectual, y que no podría exponerse, porque sin hacer de ello un misterio nunca lo explicó claramente.

Apenas escribía, no formaba líneas de guarismos; pero tenía en la cabeza gran número de fórmulas perfectamente clasificadas, y en breves momentos obtenía, como por milagro, un resultado matemáticamente exacto. Hacía poco caso del álgebra, a la que calificaba de sistema craso — « que se interpone, decía, entre la inteligencia y la lumbré de las ideas, » — como dijo textualmente por escrito uno de sus íntimos amigos, el barón de Gerando, secretario de la Sociedad de Fomento de la industria nacional, eminente filántropo, émulo de Montyon y autor de la conmovedora obra titulada *El Visitador del pobre*.

No obstante, José siempre independiente en materias científicas sobre todo, era innovador, creador, harto enemigo de procedimientos vulgares; casi nunca se inspiraba en la tradición, con lo cual se exponía a reinventar lo que ya estaba inventado, capricho frecuente en los hombres de su temple.

Su padre Pedro Montgolfier, hijo y sucesor de Raymond Montgolfier, procedía, por el contrario, con un orden metódico, con un método prudente. Sin aventurar nada, marchando a pie firme, hacía progresos, observando y aplicando los descubrimientos de los fabricantes extranjeros. Así es como hábilmente había llevado su fabricación de papel establecida en Vidalón-les-Annonay, al grado de

prosperidad a que llegó hacia el año 1740, que fué el del nacimiento de José y que no cesó de seguir engrandeciéndose de manera, que en tocante a las vitelas y a otros productos análogos, Francia dejó de ser tributaria de Holanda.

Al salir del colegio el indómito José, que se había dedicado a la física y a la química, no menos que a la pesca, no se encontró bien en el mundo, muy poco elevado por tanto sobre Vidalón de Darizeux y de Annonay. Las recepciones íntimas, las visitas, las relaciones de simple etiqueta eran para él insoportables. Juan Pablo, su hermano mayor, le calificó de oso, lo que echó a buena parte porque tenía el mejor carácter y una dulzura inalterable.

Pero un oso debe buscar la soledad, y José hizo su maleta de nuevo y fué a vivir como ermitaño en Saint-Etienne Forez.

— No quiero depender de nadie — dijo sin hacer un misterio de su marcha, que en esta ocasión debía ser consentida.

Era atento y vigoroso, y vivía principalmente del producto de su pesca, y no teniendo por todos instrumentos más que vasijas de barro, fabricaba sales que se empleaban en las artes, colores, y particularmente un azul muy estimado que llevaba a vender a los arrabales de Vivarais.

Su original carácter independiente pudo reunir de esta manera la cantidad necesaria para marchar a París, con el objeto de examinar allí los aparatos de física y química de que sólo había oído hablar muy vagamente. Viósele en el café de Procopio, muy mal portado, pero escuchando tan atentamente, que desde entonces supo conquistarse el aprecio de los habituales concurrentes a aquel punto de reunión de los más esclarecidos ingenios y de los sabios.

Su madre y hermanos, por tanto, sólo habían recibido acerca de él merecidas alabanzas. Durante su permanencia en Saint-Etienne, habíase distinguido por rasgos de valor, sin que se le oyese decir una palabra sobre ellos: con peligro de su vida había arrancado de las llamas a algunos infelices expuestos a la muerte. Su sangre fría y presencia de ánimo fueron muchas veces no menos útiles para prevenir espantosas catástrofes. Hablóse de un hundimiento, de caballos desbocados, y particularmente de personas a quienes había salvado a nado.

Pues bien, todo esto era referido por gentes que le buscaban para comprar su azul especial, ó sales por él preparadas; pero se encontraba en París, agotados sus recursos, sin pensar en ello apenas, y por consiguiente, en vísperas de verse reducido a industrialarse, cuando recibió la orden de su padre de volver al hogar paterno.

— «Haces falta en casa» — le escribían sus hermanos.

Mandóle su madre algún dinero y obedeció José, pero sin darse mucha prisa, y no sin hacer muchos rodeos. De vez en cuando escribía algunas líneas originales que rebotaban ingenio.

— Siempre incorregible, pero encantador; la verdad es, querido tío, que no tiene usted un hijo mejor.

Este fue el juicio formado por su prima Teresa Filhol, la cual, desde entonces, defendióle siempre a capa y espada. Ella, mejor que nadie, había apreciado el valor de aquella alma noble, sensible y modesta, cuyas extravagancias no eran, en suma, otra cosa que el velo con que el genio se encubre en virtud de una ley de orden superior.

Día debía llegar en que la perspicaz joven se constituyese en vigilante guardián suyo, en la compañera, y en cierta manera tutora de José. Nada hay menos parecido a una novela de amor que los preliminares de este matrimonio, verdadera adopción. Ella le tendió la mano para protegerle. José la estrechó y Teresa se convirtió en su mujer el año 1770; tenía entonces José treinta años y acababa de salir de la cárcel.

¿Cómo no se le había de amar, cuando se sabía cuál fué su proceder en aquella coyuntura?

Vuelto a Vidalón, fuerte con sus nuevos estudios y, sobre todo, con los innumerables inventos que habían hecho germinar en su cabeza, José prestó ante todo, muy importantes servicios que fueron sobremedera apreciados por Juan-Pedro y por Agustín, que se complacían en ayudarle, así como por multitud de empleados ó dependientes de la fábrica de papel.

Esteban, que tenía cinco años menos que él, decía a su hermano Alejandro, que, tiempo andando, fue canónigo de Annonay:

— José es indudablemente un sér extraordinario. Cada día hace un nuevo descubrimiento. Estoy asombrado.

Él había encontrado el arte de colar las plantas estereotipadas, había inventado una máquina neumática que rarificaba el aire en los moldes, y fué el

inventor de una bomba de fuego especial, cuyo secreto se ha perdido, porque se le prohibió ensayarla y no dejó su descripción. En el comercio es conocido su azul con el nombre de azul Guimet. A él se debe la invención de la lámpara llamada quinqué, de la prensa hidráulica, y de multitud de otros inventos, procedimientos ó perfeccionamientos notables.

(Continúa.)

PENSAMIENTOS COGIDOS AL VUELO

Ante todo, no me habléis tan ciegamente de la libertad humana, porque me vais á hacer creer que la virtud es una tiranía.

Yo sería el ser más libre que pisa la tierra si me pudiera rebelar contra mi propia conciencia, obstinada en encadenarme al yugo de mis deberes.

Nada hay en el mundo que me mortifique tanto como el recuerdo de tu inconstancia. Pues bien, yo no sé pensar más que en ese recuerdo que tan cruelmente me mortifica.

Ahora bien; ¿por qué queréis hacerme creer que mi pensamiento es libre?

¡Libertad! Hé ahí un deseo continuo que acabará por indisponernos con nuestras obligaciones, y por malquistarnos con nosotros mismos.

Enseñanza libre quiere decir que todo puede enseñarse.

He aquí el profesorado:
Los enfermos enseñan la lengua.
Los pobres enseñan los codos.
Los perros enseñan los dientes.
Cualquiera enseña los puños.
¿Quién no enseña la oreja!

En el lenguaje vulgar, que es el sentido común del lenguaje, la palabra libre suena lo mismo aplicada á una mujer que á un hombre.

En ambos casos quiere decir lo mismo.

La filantropía es el recurso de que se vale el egoísta, que es humano, para huir de la claridad, que es divina.

Es la tierra volviéndole la espalda al cielo.

Me inclino á creer que eso que llamamos publicidad es una ficción de nuestras costumbres, porque no consiste precisamente en lo que se habla á voces, sino más bien en lo que se dice al oído.

Todo lo sabemos, es verdad, pero lo sabemos en secreto.

Hay una especie de instrucción privada fuera de las Academias, de los Institutos y de las Universidades, que constituye un estudio muy importante para los que pretenden tener al dedillo los elementos de la historia contemporánea.

Cada descubrimiento de esta ciencia auxiliar que se va formando por sí misma, se trasmite de individuo á individuo, de casa en casa, de familia en familia, de círculo en círculo, con el mayor secreto. Murmuración se llama esta ciencia.

Ella todo lo averigua, todo lo explica, todo lo sabe y todo lo dice.

Constituye una especie de comercio mutuo, íntimo, cambio recíproco y continuo de cuentos, fábulas, historias... que se establece en toda reunión amena de seres humanos.

Murmurar es una de las cosas vergonzosas que todos hacemos.

La murmuración se parece al humo.

¿En qué?

En que se disipa pronto y en que ennegrece todo lo que toca.

A la vez se parece á la lima sorda en que corta sin ruido, y á la gota de agua en que rompe la piedra.

Véase qué disparate: murmurar es sacar á relucir las oscuridades de las vidas ajenas.

Dice la Gula:

«¡Dios mío! ¿por qué las perdices escabechadas no han de ser tan grandes como los avestruces?»

Dice la Avaricia:

«Si todo fuese mío, aun seguiría codiciando lo ajeno.»

Dice la Pereza:

«Mañana.»

Dice la Envidia:

«Lo que más deseo es lo que más aborrezco.»

Dice la Soberbia:

«Yo.»

Un billete de Banco no es más que una pregunta absurda.

Prestadle atención y veréis que dice:

«¿Dónde está el dinero que yo llevo?»

Tres cosas alemanas, ante las que me detengo siempre que pienso en ellas:

La cerveza, que no me gusta.

La filosofía, que me marea.

Y la música, que no la entiendo.

La velocidad de la locomotora, la rapidez del telégrafo, la precipitación de los sucesos... todo nos dice que vamos á escape.

¿Quién nos persigue?

Parecemos criminales descubiertos que huimos de la justicia de nuestra propia vida.

La ambición es la pasión humana que tiene más necesidades.

Para bañarse necesita el Océano.

Para navegar necesitaría todas las aguas del diluvio.

En su mesa hay que servir elefantes en salsa y ballenas en conserva.



DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

A falta de estos alimentos devora pueblos y engulle naciones enteras.

He visto amanecer algunas veces y hé aquí lo que he visto:

Algo de ese interés inquieto con que una mujer arregla sus cabellos, compone la sonrisa, dulcifica las miradas y pregunta á los espejos, cuando el reloj incansable interpone los últimos segundos entre el hombre que viene y ella que espera:

Algo del asombro con que Adán debió ver por primera vez entre las frondosidades del Paraíso los delicados contornos de Eva:

Algo del desorden de vestidos y joyas, de adornos y colores, de cintas y lazos, que aparece en el cuarto de una actriz pronta á salir á la escena:

Algo del movimiento de palabras y de sílabas en que debe hervir la cabeza de un poeta en los misteriosos instantes en que toma forma luminosa su pensamiento:

Algo del resplandor indefinible que brilla en los ojos en el punto mismo en que van á romper á llorar.

Algo en fin del relámpago que ilumina los semblantes más tristes en el momento en que la boca va á sonreír.

Después... después no he visto nada, porque ya era de día.

Los árboles tienen copas y los pájaros anidan en las copas de los árboles.

Lor sombreros tienen copas y los hombres meten las cabezas en las copas de los sombreros.

Véase por qué las cabezas de los hombres suelen irse á pájaros.

El frío es la ausencia del calor.

La oscuridad es la ausencia de la luz.

La muerte es la ausencia de la vida.

De la misma manera el error es la ausencia de la verdad.

Por eso la verdad es el calor, la luz, la vida.

Por eso el error es el frío, la oscuridad, la muerte.

El espectáculo de las buenas acciones es el ejemplo.

El espectáculo de las acciones vergonzosas es el escándalo.

J. SELGAS.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Política urbana.— Como prueba de lo que son capaces los americanos en materia de trabajos públicos, voy á dar á mis lectores una noticia original que acabo de recibir de los Estados Unidos.

En Chicago se trataba de ensanchar una calle en una extensión de cuatro kilómetros. Es indudable que en nuestra vieja Europa, y sobre todo en Francia, se hubieran pasado, por lo menos, cincuenta años en expedientes de expropiaciones y trabajos de otra índole antes de llegar al resultado apetecido; y á lo más se hubiera encontrado quien propusiera la demolición de las casas que estorbaban, para reconstruirlas con arreglo á la nueva alineación. Pues bien; los americanos, más prácticos, han hecho algo mejor que eso, es decir; que sin derribarlas, han aislado las casas del suelo, haciendo apeos subterráneos, y luego las han levantado por medio de fuertes crics á una altura conveniente, sobre fuertes tablas de maderas, haciéndolas resbalar hasta el sitio que habían de ocupar en la nueva alineación, y por medio de una operación inversa han vuelto á colocar las casas intactas sobre las nuevas fundaciones que, al efecto, tenían preparadas.

El conjunto y detalles de todas estas operaciones han sido publicados con numerosos dibujos en un diario especial que tengo á la vista, y del que he tomado los curiosos datos expuestos.

(La Gaceta de la Industria)

Fabricación de locomotoras.— En Alemania hay diez y ocho establecimientos dedicados á la construcción de locomotoras, que terminan al año, por término medio, 1.730 de estas máquinas, de las cuales unas 1.000 proceden de los talleres de Prusia. La distribución de las fábricas en las regiones, es:

Brandebourg: 3 fábricas, pudiendo producir 450 locomotoras al año.

Pomerania: una, 100 locomotoras.

Prusia oriental: una, 50.

Id. occidental: una, 60.

Hannover: una, 200.

Hesse-Nassau: una, 150.

Provincias del Rhin: una, 50.

Alsacia Lorena: dos, 200.

Baviera: cuatro, 240.

Wurtemberg: una, 80.

Sajonia: una, 100.

Baden: una, 50.

Además hay otros cuatro talleres destinados exclusivamente á la fabricación de locomotoras para ferrocarriles de vía estrecha, produciéndose al año 70 máquinas de esta clase.

El mismo total de locomotoras de todas clases, producidas hasta hoy por los indicados establecimientos, ascienden próximamente á 20.700, de las cuales la casa A. Bareig, de Berlín, ocupa el primer lugar por la cifra de 3.000 máquinas.

Austria-Hungría posee cinco talleres, que producen unas 400 locomotoras al año, siendo de 5.000 el total construido hasta ahora.

Suiza fabrica unas 350 por año, y asimismo en Inglaterra se construyen un gran número de locomotoras.

En España parece que la fundición primitiva valenciana trata de emprender la construcción de esta clase de máquinas.

Para evitar las invasiones de conejos.— Para impedir que los conejos invadan los cultivos, basta circuncidar el terreno con una cuerda colocada á 15 ó 20 centímetros de altura sobre el terreno, sostenida con estacas, é impregnada de aceite de pescado ó aceite empireumático, cuyo olor aleja á aquellos roedores. Cuando desaparezca el olor del aceite, se vuelve á empapar en él la cuerda.